



Universidad de Buenos Aires  
*Facultad de Ciencias Sociales*

## **Ciudad y Política**

*Ensayo sobre los imaginarios urbanos y  
la imaginación en Buenos Aires*

***Verena Borchardt***

verenaborchardt@hotmail.com

***Leonardo G. Rodríguez Zoya***

leonardo.rzoya@gmail.com

***Diciembre de 2005***

# Índice

<b>Introducción o un ensayo de comienzo</b>	<b>3</b>
<b>1. <u>PARTE I:</u> Los autores se re presentan</b>	<b>4</b>
1.1. Ciudad: el problema del sujeto y el sujeto del problema	
<b>2. <u>PARTE II:</u> Imaginarios de la ciudad</b>	<b>6</b>
2.1. El misterio de la palabra ciudad	6
2.2. Ciudad, una palabra de doble entrada	7
2.3. La ciudad como Physis política	9
2.4. Más allá del objeto y el escenario	11
2.5. El individuo y la ciudad	14
2.6. Entre la prosa y la poesía	15
2.7. Entre el terremoto y el nacimiento de una flor	15
2.8. El diálogo orden y desorden	16
<b>3. <u>PARTE III:</u> Método y Ciudad</b>	<b>18</b>
3.1. ¿Qué es una disciplina?	18
3.2. Tres términos vinculados: semiosis, noosfera y paradigma	19
3.3. Las dos culturas	23
3.4. Las dos miradas en la ciudad	24
3.5. El olvido de la ciencia política oficial	24
3.6. La ciudad como problema molecular	27
<b>4. <u>PARTE IV:</u> Itinerarios de la imaginación urbana</b>	<b>29</b>
4.1. La ciudad y sus autores: el planificador o los habitantes	29
4.2. Buenos Aires	30
4.2.1. El plan tácito: cómo intentar imprimir un rumbo de nación a través del urbanismo	30
4.2.2. Lo preexistente: miradas de un puerto pampeano	31
4.2.3. El plan explícito: cómo imprimir un rumbo social y político a través del urbanismo	32
4.3. Una mirada extranjera sobre la Buenos Aires actual	34
<b>5. A propósito de una bibliografía</b>	<b>36</b>

## Introducción o un ensayo de comienzo

En general las introducciones se escriben al final, y esta quizás no sea una excepción si el objetivo es presentar una fotografía en miniatura de lo que vendrá después. Pero acaso ¿sabemos si el sol saldrá mañana? Y si se muere el sol ¿inventaremos otros? Podríamos haber nacido en cualquier ciudad y bajo otro nombre o podríamos no haber nacido nunca. ¿Seríamos nosotros entonces? Quizás seríamos los mismos pero diferentes. Lo mismo sucede con este ensayo, podría no haber nacido nunca o ser tan sólo el pretexto desdichado de los que escriben por obligación o encargo. Preferimos no hacer nada antes que escribir ideas vacilantes. Preferimos hacer aquello que deseamos con el corazón. Escribimos porque amamos.

No podríamos decir con exactitud si estas palabras son producto obligado de nuestra voluntad, o si más bien somos nosotros el producto de aquello que intentamos crear. No sólo el artista pinta una obra sino que también es transformado por ella. Acaso paradoja extraña y terrible esta: somos producto de aquello que producimos.

Este ensayo está pintado con dos colores principales y un sin número de tonalidades intermedias, un trazo cromático reflexiona sobre la ciudad en general, como problema de conocimiento desde un punto de vista subjetivo. El otro nutrido de un color diferente, se enlaza con el anterior, y trata de ser una pintura de Buenos Aires; no el dibujo preciso de un mapa que trata de reflejar el territorio (discurso racional con aspiración científica) sino más bien un itinerario que intenta rescatar los restos de la ciudad como objeto de la praxis política.

Entre uno y otro trazo hay zonas oscuras: de la ciudad en general, de Buenos Aires, del lenguaje, de la identidad nacional, de la política. Hay lagunas blancas, aquellas donde los autores no se han atrevido (¿olvidado, omitido?) a decir algo. En el lenguaje de este ensayo hay también pampas claroscuros de un color incierto: ideas quizás contradictorias aunque otras veces solidarias entre sí.

El problema pintado es no solamente como se construye una metrópoli en la pampa sino como se construye un discurso sobre la ciudad misma. La ciudad representada aquí no es una fotografiada de la ciudad tal cual es, sino más bien de la Buenos Aires sentida, percibida, intuita, reflexionada a través de algunos elementos y partículas contenidas en ella (calles, historias, seres, habitantes, acontecimientos).

La idea o semilla originaria que intentamos reconstruir y hacer nacer aquí es que la ciudad lejos de ser el producto terminado de una voluntad política es un ser múltiple, una existencia que se independiza de la voluntad de sus creadores. Una realidad que es una unidad diversa que condiciona y retroactúa sobre aquello que la produce.

Este ensayo es un itinerario, una forma de viaje que nace al tiempo y al calor de ser escrito, y que intenta unir no los puntos exactos de un territorio conocido, sino los nudos significantes de una realidad: la ciudad como existencia, el sujeto que observa la ciudad como sujetado a un problema de conocimiento, el método para reflexionar sobre la ciudad, la imaginación urbana o narrativas acerca de la reflexión técnico – política que intenta imprimir una voluntad de forma a la ciudad, y por último algunas fotografías narradas o micro secuencias fílmicas de la ciudad de Buenos Aires hoy.

Esta es nuestra idea de ensayo, voluntad de forma delineada antes de ser escrito. Por eso esta introducción al ser creada antes de nuestro texto, pretende ser más que una fotografía en miniatura de lo que vendrá después, el bosquejo a mano alzada de lo que pretendemos como itinerario.

## PARTE I. Los autores se re → presentan

### 1.1. CIUDAD: EL PROBLEMA DEL SUJETO Y EL SUJETO DEL PROBLEMA

Es difícil pensar a Buenos Aires desde Buenos Aires misma, sobre todo para quienes sus espíritus y cuerpos están moleados por un sentido de normalidad cotidiana. Buenos Aires no es algo externo y ajeno a nuestros problemas, sino una extensión de nuestro espíritu. Es la atmósfera de nuestro corazón y nuestras pretensiones de racionalidad. Buenos Aires es parte de nuestra mentalidad y por lo tanto principio ordenador cuando queremos hablar de ella.

Buenos Aires es un mundo abierto a la observación, pero representa un gran problema para el observador porteño. Viviendo en ella todo puede brotar con un sentido de naturalidad necesaria por más que el sentido de la realidad urbana sea en sí misma una excrescencia artificial y equivocada. Pero desde un punto de vista esa realidad, ya sea excrescencia artificial o símbolo del triunfo moderno y civilizatorio, también ella está sujeta a nuestra percepción.

El problema de pensar una ciudad es el problema de la percepción. El observador del mundo pertenece al mundo que quiere observar, y eso nos sucede con Buenos Aires, no sólo nuestros sentidos están tan íntimamente educados y marcados por su urbanidad de metrópoli sino que también, lo que ella es depende de nuestra percepción. No sólo nosotros dependemos de Buenos Aires, también ella depende de las narrativas e historias que pueden contarse de su realidad. Porque lo que una ciudad es, excede su materialidad. Hay algo que es real en una ciudad y que nunca puede ser abordado por el lenguaje. Y ese plus no verbalizable más que ser una verdad o punto de partida es más una sentencia verosímil, una música aparente de certeza sin fundamento.

Si Buenos Aires es una ciudad entonces amanece un interrogante como un sol de problemas. ¿Qué es una ciudad? Si la ciudad puede ser reducida a una cosa entonces puede ser tratada como objeto, como escenario, como una realidad material plena sobre la que es posible operar y distinguir sus elementos constitutivos: edificios, trazados urbanos, parques, monumentos, transeúntes, habitantes, lenguajes, historias, ideas de cultura, visiones de la sociedad. La ciudad como cosa se nos aparece como una cierta realidad sustancial definida por un contenido preciso. Tal visión tiene implicancias no sólo para los que viven, sufren, aman, trabajan y mueren en una ciudad; sino también profundas consecuencias para la política y la sociedad.

Podemos oponer a esa visión otra pintura posible. Aquel sol que es la ciudad no es una luz clara y pura. Hay sombras y juegos de luces que nacen de la idea de ciudad. Lo que una ciudad es excede por todo a esa palabra de seis letras. La ciudad puede ser bien un entramado de elementos contradictorios y conflictivos, pero que también pueden ser solidarios entre sí. Ese tejido antes de ser una cosa es un sistema signifiante, sin duda representable por una idea de totalidad pero compleja, rica, múltiple; compuesta de realidades heterogéneas pero inseparables.

Emerge así la idea de que la ciudad es una unidad múltiple. Unidad sin duda porque cuando pronunciamos la palabra *Buenos Aires* un cúmulo de imágenes, de sentidos, de sentimientos se nos aparecen, nos cruzan nerviosamente como un rayo en la conciencia. Una unidad también porque parece que nos estamos refiriendo a una misma realidad identificable en la historia, una unidad continua a pesar de sus múltiples transformaciones: la ciudad de Pedro de Mendoza, la ciudad de la revolución, la ciudad con tres gobernadores, la ciudad de la generación del ochenta, la ciudad de Martínez Estrada aquella que es todos y no es de nadie; pero también la ciudad de los cartoneros, los ahorristas, la ciudad de Puerto Madero, la ciudad pobre y fragmentada. Nuestra ciudad, la de hoy, la pasada, la soñada, la que podría haber sido y no fue, la que puede llegar a ser aunque quizás nunca venga y la que efectivamente será pero de la que aún no tenemos certezas.

Pero debajo de esa piel única que es *Buenos Aires* descubrimos una pluralidad de causas, de fuerzas, de fotografías que pueden o pretenden, con relativa desgracia o éxito, describirla. *Buenos Aires* una heterogeneidad tremenda, una diversidad innumerable, una copulación extraña entre ciertas ideas de orden y de razón y otras de amor, pasión y música. Una existencia espiritual y un problema psicológico como la llamó Martínez Estrada pero que con toda legitimidad podríamos señalarla como un irresoluble nudo de razón y afectividad, de prosa y de poesía.

Que dudas caben que ese juego de soles y sombras, esa unidad múltiple que es la ciudad es un desafío a la comprensión y la conciencia, que antes de ser una cosa o un contenido, es un ser con una existencia propia que excede la voluntad de quienes quieren transformarla o entenderla. Es una forma significativa que nos mira pero que no podemos ver en su totalidad.

Llegamos así a comprender que el problema no es saber qué es la ciudad, sino más bien ¿quién es la ciudad y quiénes somos nosotros capaz de hablar de ella? La ciudad es un problema subjetivo. No existe una realidad llamada ciudad por fuera de la observación y percepción de quienes habitan, actúan en ella y quieren conocerla. No existe el conocimiento como espejo de la ciudad, como el reflejo fiel y digno de aquello que denominamos realidad. El conocimiento de la ciudad es una reconstrucción y traducción a través del pensamiento y del lenguaje, y en este sentido exige no sólo el pleno empleo de la razón, sino también de nuestra subjetividad y nuestros afectos.

Imaginemos una plaza deshabitada con tan sólo dos arquetipos de hombres vivientes sentados en ella. No se trata de esta plaza en aquella ciudad, sino más bien de una plaza cualquiera en un no lugar posible. A la izquierda está el arquetipo de hombre occidental, más aquí un hombre oriental. El occidental al decir “yo pienso” se señala su cabeza, indicando con su índice el cerebro: símbolo del órgano biológico pensante y sede de una supuesta racionalidad occidental. El hombre oriental, fiel a una tradición coreana, al decir “yo pienso” pone su mano en el pecho; porque en Corea el pensamiento es una unidad entre mente y corazón.

En ese movimiento de idea y vuelta entre la razón y la afectividad está el conocimiento que nosotros como sujetos tratamos de tejer entorno a la ciudad. Este ensayo es un viaje que más que estar guiado por una cartografía detallada del territorio sigue un itinerario de certezas e ideas provisionarias. Nuestro viaje es una aventura que trata de atar algunos nudos significantes que articulen la idea de ciudad y la política. Nos introducimos en un cierto orden del discurso, lo que otros han dicho sobre la ciudad, para pintar y reconstruir un discurso provisionario sobre la ciudad, sobre Buenos Aires, la identidad y la política.

Es presentado el problema del sujeto en el conocimiento, que buscamos representarnos, en tanto autores, como sujetos (sujetados) al problema de la ciudad. Rechazamos con virulencia los discursos virulentos que creyéndose portadores de la luz de la verdad y en pos de una objetividad real, esconden su subjetividad bajo el orden del discurso. Rechazamos el anonimato de las ideas que quieren postularse como universales. Nosotros reconocemos nuestras oscuridades indecibles para adentrarnos en ese “*océano de incertidumbres con archipiélagos de certeza*” (Morin) que es el conocimiento. La vida es efímera y nosotros somos pasajeros en la vida; lo mismo sucede con nuestras palabras, ideas provisionarias y rudimentarias que pueden ser retomadas y reconstruidas (o deconstruidas). La ciudad es un problema del que formamos parte, por eso debemos reconocernos como parte de la ciudad; la crítica a la ciudad no es independiente de la autoobservación y autocrítica. Sujeto y ciudad es un nudo que el lenguaje no puede desatar pero sí por lo menos pintar, reconociendo su complejidad.

## PARTE II. Imaginarios de la ciudad

### 2.1. EL MISTERIO DE LA PALABRA CIUDAD

¿Quién es la ciudad? Quién es esa Buenos Aires que está tendida sobre la geografía, moribunda de sueño con ojos de cerezo podrido y resignado. Quién es Buenos Aires en medio de una bastedad de aparente extensión interminable. El hombre va por la ciudad, viene a veces. Multiplicidad de historias, de cuerpos, de calles se cruzan en un día, en dos, siempre. Multiplicidad de edificios se miran sin tocarse, se dan la espalda.

La lluvia cae como un acontecimiento inevitable sobre el pavimento que actúa como una estufa siniestra. Del interior de su cuerpo brota el olor guardado por semanas: pisadas de suelas de quién sabe que hombre con que nombre y con qué vida; huellas de besos de caucho del sin número de caballos automáticos y deteriorados. ¿No forman parte de la ciudad todos estos acontecimientos minúsculos imposibles de capturar y de recordar? ¿O acaso es la misma lluvia la que cae sobre nuestra querida Buenos Aires que la que riega Nueva York o Berlín o un desconocido pueblo de la India o China? La lluvia nuestra tiene un sentido propio a pesar de ser agua. Desde el punto de vista químico se trata de la misma estructura molecular, desde el punto de vista urbano la lluvia de Buenos Aires no es sólo agua que cae, es también un fenómeno urbano, porque el transeúnte de Buenos Aires tiene un modo particular de reaccionar ante un chaparrón desdichado. La lluvia se une al Río de la Plata como dos cuerpos en un acto amoroso. La lluvia forma parte de la atmósfera de una ciudad, no sólo como realidad física sino como acontecimiento espiritual. Porque quién puede negar que la lluvia tiene un significado propio cuando es observada tras el vidrio de un café porteño.

Lo mismo puede decirse de los otros elementos de una ciudad, por ejemplo las calles, la arquitectura, la disposición urbana, el idioma, los parques, el transporte público. Que Corrientes sea una calle no cabe duda alguna, pero quién puede negar que Corrientes es más que una calle: es un micro mundo porque tiene una atmósfera propia.

Ni mil ojos vivientes dispuestos en todas las esquinas como testigos y observadores por cuatrocientos sesenta y nueve años desde que Don Pedro de Mendoza la llamó *Nuestra Señora de Santa María del Buen Ayre* podrían dar cuenta de todas esas micro realidades que forman parte de la ciudad. Entonces ¿Quién es Buenos Aires? ¿Cuál es esa unidad de sentido capaz de permanecer por siglos a través de realidades, historias, acontecimientos, edificios, calles tan diferentes? Qué es lo que une aquellas chozas de barro y paja rodeadas por un muro de tierra apisonado, dispuestas quizás por la zona de San Telmo, y lo que hoy llamamos Buenos Aires: nuestro obelisco abstracto, nuestro Puerto Madero anónimo, el olor de subte característico y un sin número de lugares.

Buenos Aires es sin duda la totalidad de esas miradas microscópicas que pueden hacerse de ella. La noción de ciudad de Buenos Aires nos parece una, simple, evidente, completa y sencilla. Pero al mirarla comienza a resquebrajarse, a astillarse, a fragmentarse. Porque Buenos Aires es esa existencia real que habitamos pero que no podemos ver, o mejor dicho es aquello que al ser mirado no podemos ver completamente. Porque al observarla parece que estuvo siempre ahí, tendida en la geografía. Aparece como una extensión de nuestros sentidos, y nosotros somos también una extensión de ella. Aparece y desaparece, Buenos Aires es esta totalidad que se nos escapa.

Pensemos por ejemplo en un transeúnte cualquiera de entre los miles de hombres, mujeres, seres que caminan por Florida a diario. Aunque destinos diferentes los motivan se cursan en un punto similar de la ciudad. Y aunque distintos, comparten una cierta similitud en la moda, en el pelo, en la velocidad del andar, en las marcas que los visten. Similares aunque distintos. Cualquiera de ellos, o bien podríamos ser nosotros, hemos perdido el contacto con la ciudad misma. Nos enteramos de los acontecimientos relevantes en las noticias, los periódicos o los comentarios en la cena o durante un café en algún bar. Pero mientras transitamos Buenos Aires no podemos saber lo que está sucediendo en ella y tampoco nos importa.

Ciudad: ¿Quién es entonces esa palabra? ¿Quién es Buenos Aires? Cuando la interrogamos Buenos Aires estalla y pierde su carácter de primera evidencia, esa piedra sólida y única se hace arena en la boca de un viento interrogativo:

- ¿La ciudad? o ¿Las ciudades?
- ¿Las calles, los edificios, los monumentos? o ¿los transeúntes, los habitantes, la gente?
- ¿La historia, los acontecimientos narrados, los grandes hechos? o ¿el presente, la trama cotidiana, los conflictos?
- ¿La lengua? ¿el idioma? ¿la cultura? ¿la sociedad? ¿el país? o ¿La música? ¿los olores? ¿los sabores? ¿la comida?
- ¿los hombres públicos? ¿las batallas? ¿las guerras civiles? ¿la fundación?
- ¿la estructura social? ¿las clases sociales? ¿el mercado? ¿las plazas?
- ¿la construcción material (edificios, calles, infraestructura, parques) o ¿el entramado ideal? (ideas, historias, cuento anécdotas, discursos)
- ¿su textura interna, los hábitos, usos, costumbres? o ¿su relación con el espacio, con el contexto que la rodea, con otras ciudades, con el mundo?

Ese sentido de unidad que creíamos encontrar en el nombre *Buenos Aires* se abre, se estira, se desvanece como agua en una tierra sedienta de interrogantes. Sombra, misterio, dudas es lo que encontramos en la palabra ciudad. Tejido de fenómenos diversos, existencia rara, ser múltiple, cuestión y terrible maraña compleja es lo que encontramos al comienzo de la palabra ciudad.

## **2.2. CIUDAD, UNA PALABRA DE DOBLE ENTRADA**

Vista desde la luna la tierra es un punto provisorio en el espacio, una excusa del universo, un accidente en la historia del tiempo. Desde lejos la tierra nos parece una realidad y una unidad evidente. Si hubiese jinetes del espacio la tierra quizás sería un punto marginal en la periferia del cosmos. Si hubiese un tren que una galaxias, nuestra vía láctea sería una red ferra marginal, y la tierra podría ser tan sólo una estación de paso. Pero vista desde sí misma la tierra es una extensión demasiado basta: humus, un núcleo ardiendo, bosques, mares, selvas, profundidades oceánicas, animales, insectos, plantas, árboles, frutas, rocas, montañas, ríos, valles, hombres, mujeres, ciudades, campos: “*Muere un pájaro de sueño en el Amazonas, muere un niño en Irak, ¿Cuál es la diferencia si nadie los recuerda?*”<sup>1</sup> La Tierra es una totalidad compleja: geológica, física, biológica, humana a la vez. Algo parecido sucede con nuestras ciudades.

Para un Europeo o un Oriental *Buenos Aires* es un punto en un mapamundi, una trabazón de coordenadas, un destino turístico en el mejor de los casos cuando no una estación de paso o una escala aérea. Para quién ha nacido en ella es un lugar para vivir y morir. Pero también para ese europeo u oriental recién llegado, *Buenos Aires* deja de ser un punto cartográfico para ser en sí misma una pampa edificada, un mundo a explorar, una galaxia por descubrir. Al cambiar la posición del observador cambia el mundo de su observación, y se modifica así el sentido de aquello que llamamos realidad. ¿Cuál es la verdadera Buenos Aires? O acaso ¿hay más de una? Buenos Aires, mujer múltiple e igualmente bellas.

¿Qué es lo primero que pensamos al pronunciar el nombre Buenos Aires? Hay ideas arquetípicas que visten a una ciudad, elementos definatorios aunque no definitivos que le dan identidad. París: la Torre Eiffel, el Arco del Triunfo. Londres: el puente Tower Bridge, el reloj Big Ben, colectivos rojos de dos pisos. Roma: el coliseo. Berlín: ¿los restos del muro? Nueva York: una estatua llamada de la libertad regalada por los franceses. Buenos Aires: el obelisco, la Avenida 9 de Julio.

Quién puede decir que conoce Roma si no ha visitado el Coliseo. O acaso visitar París no es mirar a los ojos a esa torre prototípica que hace París un icono de ciudad moderna. El Coliseo es quizás un objeto más arraigado en la textura de la ciudad de la que forma parte que el resto de los símbolos. Porque el Coliseo viene de la historia, son los

<sup>1</sup> Fragmento del poema *Animales Temporales* de Leonardo Rodríguez Zoya.

restos del pasado que continúan hasta el presente, y en esa persistencia hay una unidad que viene de lo profundo y memorable. El Coliseo es la textura de la estructura material de Roma.

Pero, ¿Quién era París antes de la Torre Eiffel? ¿Quién era Buenos Aires antes que emplazaran su obelisco? Quizás estos objetos son signos que marcan un ciclo de vida de una mentalidad que cubre una ciudad durante un tiempo. Porque antes que ellos hubo otros que encarnaban lo que la ciudad era. Esos antecesores primitivos expresaban una imagen de la ciudad en un tiempo; su deconstrucción o reemplazo simbolizan giros epocales; cambios no sólo de la estructura social sino también signos de una transformación espiritual. Porque retomando a Martínez Estrada podemos hacer nuestra su idea de que la Buenos Aires de la Pirámide de Mayo no es la misma que la Buenos Aires del obelisco, entre una y otra no hay sólo un cambio de materialidad, de estructura, de modernización y vinculación con el mercado mundial; hay un cambio en la textura de ideas, en la atmósfera de sensibilidades, percepciones e ideas que recubren la ciudad.

¿Quiénes son esos signos materiales que exceden su materialidad? Son metáforas de la ciudad, íconos de la identidad urbana. Porque Buenos Aires aparece resumida en ese signo – objeto por más que no pueda nunca estar contenida en él. Lo que tenemos a través de ellos es una idea de ciudad. La plena materialidad del objeto es la puerta de entrada a un mundo simbólico, porque la ciudad es significación.

Arte de la imaginación es la imagen que vamos a pintar aquí. Supongamos un hombre posible que un día cualquiera dentro de siglos o milenios ingresa a un parque: *el museo de las ciudades modernas*. En el tiempo de ese hombre hipotético la suerte o el azar del mundo han hecho de esta humanidad actual un recuerdo, una huella pisada en la superficie de una Tierra aún habitable. Los hombres de esa tierra ficcional quieren conocer como nosotros su pasado, que es nuestro presente actual. Buenos Aires, París, Roma, Londres son sólo una huella de barro en la precaria memoria colectiva. En el parque temático el hombre ve dispuesto lado a lado grandes objetos materiales con un nombre indicativo de la ciudad. El Obelisco, la Torre Eiffel, el reloj Big Ben, la Estatua de la Libertad son las presencias de una ausencia. Ciudades desaparecidas sí, pero vivas aún como ideas de lo que fueron. Es la persistencia en la memoria no ya de su materialidad real sino de su totalidad como cuerpo físico y atmósfera de ideas y cultura lo que sobrevive.

Tratamos de subvertir aquí una imagen de primera evidencia: *la ciudad es un hecho empírico*. Que la ciudad es una cierta existencia material parece algo incuestionable, porque sin esa physis edilicia no hay ciudad. Conocer una ciudad es un acto físico porque implica un desplazamiento por la geografía urbana. Pero conocer una ciudad es también sentirla, es un acto plenamente espiritual, sensorial, afectivo. La ciudad es como un acto sexual amoroso, encuentro de dos cuerpos que supera la materialidad del acto. Porque el sexo no es sólo el acto físico, es también la atmósfera que une esos dos cuerpos, las miradas, los olores, las intenciones de besos y deseos. Lo mismo sucede con la ciudad en donde se encuentran dos cuerpos. Uno es el de la urbanidad de piedra tendida allí, abierta con su sexo dispuesto; el otro es el del transeúnte – observador que la recorre físicamente, la palpa, la olfatea, la siente, la penetra con su paso en un acontecer cotidiano e inconsciente.

La ciudad es esa copulación indecible e innumerable de cuerpos y de ideas. Cuerpos de carne y de piedra son una unidad extraña. Si pensamos sólo en su materialidad construida la ciudad es un algo dispuesto allí por algo y para alguien. Pero ni siquiera la anulación o destrucción de esta primera materialidad puede dar muerte a la ciudad. La devastación catastrófica de una ciudad no es su deceso sino quizás su transformación.

La guerra en las ciudades, como fue la guerra librada en el corazón de Europa en la medianoche del siglo XX, es la enfermedad racional del progreso, eyaculación precoz de demencia racionalizada. Pero más allá de aquellas causas y su diagnóstico, en ese ocaso nocturno no sólo vidas enteras, cuerpos de carne, familias fueron destruidas. También fue herido sin sangre el cemento, los cuerpos de piedra.

Experimentemos ese sentimiento en la boca de la poesía:

### Regresó la Sirena<sup>2</sup>

Amor, como si un día  
te murieras,  
y yo cavara  
y yo cavara  
noche y día  
en tu sepulcro  
y te recompusiera,  
levantara tus senos desde el polvo,  
la boca que adoré, de sus cenizas,  
construyera de nuevo  
tus brazos y tus piernas y tus ojos,  
tu cabellera de metal torcido,  
y te diera la vida  
con el amor que te ama,  
te hiciera andar de nuevo,  
palpitar otra vez en mi cintura,  
así, amor, levantaron de nuevo  
la ciudad de Varsovia.

Varsovia herida de muerte materialmente persiste como mundo espiritual, como atmósfera de ideas, como entidad cultural. Es su destrucción física la que señala su ocaso como realidad material, es la persistencia de ella como totalidad trasmaterial la que sobrevive. De aquí emerge lo que debería ser una premisa fundamental en la comprensión de la ciudad, y que arquitectos y urbanistas pueden olvidar frecuentemente: una ciudad es más que su organización física. Porque incluso en su arquitectura, pura materialidad, hay huellas de una narrativa de orden, de una estética. En la forma material hay una identidad de lo que la ciudad es y puede ser. En la forma no sólo hay huellas y restos del pasado, hay voluntad de porvenir, intención de resistir al tiempo.

La ciudad es una subrealidad y una suprarrealidad, porque más aquí y más allá de su realidad física, hay un tejido de ideas que se entrelazan de un modo íntimo y cercano con la sociedad, con la cultura, con la realidad territorial de un país, con sus perspectivas en el mundo, sus aspiraciones, sus sueños y su relación con la naturaleza y el medio ambiente. Como dice Molina y Vedia, "una lectura mítica de la ciudad, de los lugares, descansa en sus hechos y su devenir cotidiano, aparentemente gris y neutro, en la magia que se esconde tras lo habitual".

Ser de dos cuerpos, piedra y carne entrelazada hace de la ciudad un ser real, suprarreal, subreal: material y trasmaterial al mismo tiempo. Ciudad entonces es una palabra de doble entrada, es un ser plenamente material y plenamente espiritual. No hay ciudad sin su tejido físico, pero tampoco si su atmósfera de ideas. Reducir la ciudad a uno u otro elemento es una visión mutilada y mutilante. La ciudad antes de ser cosa o hecho es una existencia que surge del encuentro entre la pura materialidad de la forma y la atmósfera de ideas, mitos, representaciones, significaciones y texturas de sentido. La ciudad es una unidualidad material e ideal.

### **2.3. LA CIUDAD COMO PHYSIS POLÍTICA**

La ciudad es la materialidad política por excelencia. Si reducimos la política al poder, es decir a la coacción y en última instancia a la capacidad de anulación física del otro entonces es posible concebir la política por fuera de la ciudad. Pero equiparar política con poder es una mutilación analítica y por tanto una simplificación. La ciudad es la physis política en el sentido de que es creadora de un espacio empírico real y concreto dónde la política como diálogo, como praxis, como interacción tiene lugar. Es difícil, sino imposible, pensar la política por fuera de la ciudad.

<sup>2</sup> Regresó la Sirena poema de Pablo Neruda, publicado en el libro "Las uvas y el viento", Obras Completas, Tomo 1, Losada, Buenos Aires, 1999, Sexta Edición, p.768.

En tanto que la vida emerge en un espacio establecido también emerge la necesidad de organización de esa vida colectiva y de su espacio. Si la política puede desarrollarse bajo formas de nomadismo es un tema que no interesa aquí, pero la sedentarización de una comunidad implica la creación de nuevas necesidades, dilemas y problemas públicos que abarcan a la comunidad como totalidad.

Llegamos así a través de la idea que plantea Gorelik, “la ciudad como artefacto material, cultural y político: las relaciones entre ciudad y sociedad, es decir entre forma y política, entre cultura material e historia de la cultura, entre los diferentes tiempos que atraviesan la ciudad,”<sup>3</sup> a la cuestión fundamental de la vinculación entre la política, la ciudad y la sociedad.

Generalmente la teoría política identifica y analiza la política vinculada a la emergencia de lo público; en su versión clásica esta idea es asequible a través de la noción de *ágora*, la plaza pública en la antigua Grecia. En términos de Hannah Arendt la política implica el surgimiento de un espacio público deliberativo; y ese espacio unido a los actos de lenguaje que tienen lugar en él presupone la emergencia del ciudadano como sujeto político. El ciudadano con voluntad y capacidad de palabra es aquel capaz de levantar la voz para dirigirse a otro. El otro es alguien distinto pero igual a mí. La alteridad no es una cosa, es el semejante y desemejante al quién me puedo dirigir. El espacio público supone una interacción entre ciudadanos libres de palabra e iguales. La igualdad supone un otro, al tiempo que el Otro también soy yo para el resto de la comunidad.

Este tejido dialogal entre ciudadanos libres e iguales que interactúan en un espacio público parece ser la cuestión fundamental de la política. Pero hay un supuesto sobre el cuál la Teoría Política no ha reflexionado o lo ha hecho poco que es la existencia misma de la ciudad. ¿Cuál es la physis de esa esfera pública política? Este lazo es señalado con audacia por Gorelik quien indica la ambigüedad constitutiva entre el espacio público urbano y la esfera pública política.

El espacio público surge de la interacción de los hombres en la ciudad, aunque quizás resulte posible pensar que pudieron existir o existen ciudades sin espacio público. ¿Es eso posible? Quizás la interrelación entre lo público urbano y lo público político es el resultado de una dialéctica histórica que se encuentra vinculada con el régimen político de una sociedad. Es posible intuir que el vínculo entre ciudad y política ha variado a lo largo de la historia, y que la relación entre la forma urbana y la cultura política no ha sido siempre la misma. No se trata aquí de pensar solamente a la política como una voluntad de poder capaz de extenderse o fundarse legítimamente en un territorio, sino más bien la cuestión es que “el espacio público en tanto es atravesado por una experiencia social organiza esa experiencia y le da formas.” (Gorelik).

La relación entre el espacio público urbano y la esfera pública política no fue la misma en la antigua Grecia, en la Francia de 1789, ni en la Buenos Aires de la Colonia ni en la actual, ni tampoco en el imperio Inca o la civilización Egipcia y mucho menos en el III Reich Hittleriano. Tal relación es un producto no sólo histórico y cultural, sino también una emergencia de la praxis social.

Lo que parece relevante es que una política, es decir la construcción de un espacio público deliberativo o su anulación, además de ser formadora de una cierta organización de lo social también es transformadora, en tanto imprime cambios en las formas del espacio: las disposiciones estéticas, la organización en un cierto territorio, algunas pautas de orden. Así esa physis política que puede concebirse como el escenario de acontecimientos políticos, batallas, manifestaciones, decisiones, acontecimientos, tiene una determinada apariencia. La physis tiene una forma.

¿Cuál es el sentido político de la estética y la forma de una ciudad? La respuesta no depende de lo observado, la geografía arquitectónica, sino del ojo del observador. Según la posición de éste, su cultura y su centro de atención, variará la percepción. ¿Qué es lo definitivo y definitorio de una estética urbana? ¿Es el estilo de los edificios públicos perdurables o es la textura de la piel de la ciudad -la gente que va de aquí para allá durante el día y desaparece de noche- lo que define la estética urbana?

<sup>3</sup> Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887 – 1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004. p. 20.

El estilo que parece perdurable y heredado en una ciudad está sin dudas vinculado con la política. La política en tanto arte crea la estética como apariencia asentada en un espacio. Llena un vacío y lo dota de sentido, aunque como diremos más adelante,<sup>4</sup> no puede ser total y completo. La ciudad es objeto de la política, en cuánto ésta la modifica, la estiliza, la trata de organizar y disponer.

Para el extraño o extranjero que llega a una ciudad desconocida, todo está dispuesto de una cierta forma: las calles, los edificios, las plazas, las instituciones, las fuentes, los monumentos. Son estas “estéticas fijas” las sombras inmóviles que delinean el marco del hormigueo constante. Para quién ha nacido en una ciudad y vivido en ella, la ciudad es anterior a sí mismo, parece haber estado siempre allí y quizás perdurará también en el porvenir.

La ciudad desde el punto de vista de quién la transita es acontecimiento puro, la gente se mueve de aquí para allá con un fin u otro. Lo que sucede es fugaz, repentino y corto. El acontecimiento no deja ningún registro, o sólo unos pocos. El tiempo en la ciudad es circular y resulta imposible documentar los millones de acontecimientos que diariamente ocurren en sus rincones. También es cierto que los acontecimientos dejan huellas, rastros de las pisadas en las calles, en las paredes. Los colectivos se desgastan, los subterráneos sufren sus años con heridas propias. Pero esas heridas hacen a la atmósfera de la ciudad y se entrelazan con la voluntad política de crear una forma urbana.

La política también es acontecimiento. Parte de la praxis política fija su significado en la ciudad y resiste el paso del tiempo. La estética urbana y el estilo arquitectónico son la presencia de una ausencia, es la huella de los acontecimientos que parece fijarse en la piel de la ciudad y crearle un rostro.

El pintor traza sobre el lienzo unas pinceladas y delinea su creación, su obra. El político traza su acción como una pincelada, no siempre deliberada, como si el espacio físico de la ciudad fuera el lienzo para la praxis política. Los matices de colores, la perspectiva, la armonía dan identidad a la creación. Las acciones políticas moldean también una identidad de la ciudad. El cuadro como obra está terminada y se expone en una galería, se vende para la contemplación estética al mejor postor en una subasta. La ciudad como obra está en eterna construcción, es un cuadro infinito de interminables pinceladas donde el político no es el único que pinta. Sin embargo los trazos definidos por él son quizás los más perdurables.

La política pinta la ciudad, deja sus trazos en el lienzo urbano, esta se constituye como obra artística de la política aunque no solamente de ella. La ciudad es un cuadro político incompleto.

Pero en cuanto a su estética, la ciudad se parece menos a un cuadro impresionista inspirado en una determinada mentalidad política. Cuando vemos el mundo pintando por Monet estamos viendo a través de sus ojos. Los colores y la perspectiva de la realidad están allí reflejados como en un espejo creativo. En el impresionismo no hay subrealidad ni suprarrealidad. Es el mundo concreto el que suena y habla en el cuadro impresionista. Los nenúfares de Monet pudieron no ser reales pero su apariencia verosímil los dota de un sentido de realidad. Los relojes derretidos de Dalí sólo pueden habitar un mundo espiritual.

La política como pintura se inspira en una mentalidad, en una ideología, en una cosmovisión o sistema de ideas, también en una narrativa de orden y en una esperanza, una fe. Éstas condicionan las pinceladas que son siempre difusas. La ciudad como obra nunca refleja completamente a aquellas, es una creación incompleta de la política y nunca un espejo impresionista de aquella.

## **2.4. MÁS ALLÁ DEL OBJETO Y EL ESCENARIO**

### La era planetaria

Desde una perspectiva antropológica la prehistoria de la humanidad se nos aparece como la proliferación de sociedades arcaicas de cazadores – recolectores que habiendo surgido quizás en un punto común en África, se expandieron por decenas de miles de años por las diferentes partes de nuestro planeta. Este proceso que tuvo lugar desde los albores de la hominización hace seis millones de años significó el desarrollo de un tipo primario de

---

<sup>4</sup> Véase infra Parte IV.

sociedad de homo sapiens.<sup>5</sup> Hace unos diez mil años con el comienzo del neolítico emergieron las primeras sociedades históricas junto con el sedentarismo y el cultivo de la tierra, que darían lugar en las diferentes partes del globo a las grandes civilizaciones de Mesopotamia, Egipto, China. Es desde el neolítico cuando aparece la ciudad como forma de asentamiento para la vida humana, aunque no de modo predominante.

El planeta tierra fue desde siempre uno en términos físicos y biológicos, pero no en términos humanos puesto que no existían interconexiones y vínculos entre las diferentes partes del globo. Es en el siglo XV cuando comienza la revolución planetaria. El puzzle, hasta ahora inconexo de las civilizaciones humanas comienza a interconectarse. Son las pequeñas naciones europeas que se lanzan a la conquista del globo y dan lugar a la era planetaria.<sup>6</sup> La conquista y colonización de América tendrán gran impacto en el pensamiento y la política occidental. Desde el punto de vista de la mentalidad y la conciencia se descubre que la Tierra es un planeta. La exploración, descubrimiento, conquista y colonización de las diferentes partes del globo dan lugar también a la comunicación y contacto entre las diferentes partes del planeta.

El comienzo de la era planetaria es el inicio de las primeras interacciones, no sólo humanas sino también microbianas, de animales y vegetales entre el nuevo y el viejo mundo.<sup>7</sup> No son sólo los productos humanos, la tecnología, las armas de fuego, los grandes inventos, las ideas las que comienzan a viajar y fluir de un lado a otro, también las enfermedades, los bacilos y virus comienzan a interconectarse en un sentido global. Por primera vez desde el punto de vista biológico emergen enfermedades multicontinentales. La rubéola, los herpes, la gripe y la tuberculosis llegan en los barcos desde Europa a América, de aquí fluye la sífilis entre otras.

Es a partir del comienzo y desarrollo de la era planetaria que las ciudades se vuelven el escenario primordial y hegemónico de la vida humana. Buenos Aires es hija de ese tiempo, surgida en y por la conquista de América. Esta implicó la destrucción y muerte de las sociedades aborígenes existentes y el reemplazo de su organización urbana por otro a imagen y semejanza de la mentalidad colonialista.

#### Bosquejo de una imagen de ciudad

Intentaremos construir una primera imagen, las ciudades son existencias históricas, objeto de la historia y escenario donde esta cobra sentido. Ciudades que nacen, ciudades destruidas, deconstruidas, reformadas, ampliadas, ciudades conquistadas, ciudades olvidadas aparecen en la historia de la humanidad. Porque la prehistoria no es sólo la ausencia de la escritura, es también la ausencia de asentamientos o protociedades.

Desde que reconocemos esta imagen de primera evidencia nos vemos llevados a pensar que las ciudades son una creación humana fundamental en tanto acción sobre el territorio, forma y espacio construido por la praxis. La ciudad como consecuencia de la praxis presenta una realidad de dos caras, hacia su interior la ciudad aparece como un mundo en sí mismo. Hacia fuera la ciudad es una existencia ligada con un contexto. Esta imbricación de la ciudad en el mundo, su inserción en un horizonte más amplio permite comprender también el mundo de ideas y la mentalidad de sus habitantes. La existencia de una ciudad es un modo de relacionarse con el otro, lo que una ciudad es, su identidad, surge de la interacción con la alteridad puesto que presupone una relación con el entorno, con el extraño, lo extranjero.

Al referirnos al contexto donde una ciudad emerge queremos significar dos realidades. Por un lado nos referimos a la posición geográfica, a su vinculación la naturaleza y el medio ambiente. El lazo geografía – ciudad tiene un largo arraigo, según Gorelik, en la tradición ensayística que “explica al hombre y su cultura a partir de su condición geográfica,”<sup>8</sup> es decir la antropogeografía. El tema aquí no es la ciudad en sí misma, sino las ciudades en cuánto país. El territorio aparece en la larga ensayística argentina, como la clave de los males del país. La extensión pampeana es un desierto equiparable a la ausencia de naturaleza y ausencia de pasado, “ausencia de cultura, ausencia de huellas en las que anclar la nueva civilización que se consideraba necesaria en un país moderno.”<sup>9</sup> En este primer

<sup>5</sup> Morin, Edgar, *Tierra-Patria*. Buenos Aires. Nueva Visión. 1999, p. 9.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 15

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 17

<sup>8</sup> Gorelik, Adrián *Miradas sobre Buenos Aires*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2004. p. 19.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 20.

sentido lo el contexto como geografía aparece doblemente desdoblado como paisaje y medio ambiente pero también como realidad nacional, es la geografía de la nación lo que está simbolizado en el mapa. El territorio es identidad.

Por otro lado el contexto de la ciudad es también el mundo de la alteridad, la relación con otras ciudades, con habitantes de otros pueblos y otras realidades urbanas. ¿Qué hacer con el / los otro/s? La respuesta no puede ser sino histórica, el modo de vinculación de una ciudad con otras surge en parte de la propia coyuntura y realidad concreta. Porque es claro que existen muchos modos de entrar en contacto con las realidades extrañas, en un polo el comercio y las relaciones amistosas, en las antípodas de aquel la guerra, la conquista y la devastación. Pero también es posible pensar que las ciudades se ignoren entre sí. Por ejemplo durante un gran tiempo de la historia europea las ciudades no hablaban entre sí, se ignoraban, no formaban un tejido. Es el tiempo del feudalismo y las ciudades amuralladas, cada una busca encerrarse en su propio mundo y ser artífice de su seguridad. A esta realidad se corresponde aquello que Romero llama la *mentalidad cristiano feudal*.<sup>10</sup>

### Una segunda imagen

Desde el desarrollo de la era planetaria, pero sobre todo más plenamente a partir del siglo XIX y sobre todo el XX el mundo puede ser visto como la creación y desarrollo de texturas urbanas cada vez más complejas e interconectadas de formas diversas.

Las ciudades pueden ser vistas como los escenarios fundamentales de la vida humana en sociedad, porque es esa disposición de geografía edilicia donde todo parece acontecer. Desde una macro perspectiva las ciudades son el escenario donde ocurre el teatro de la historia. Cuando intentamos nombrar los grandes hechos de la historia reciente, muchos de ellos ocurrieron en ciudades. Napoleón exporta la Revolución Francesa, la modernidad y el estado secular a través de la conquista y destrucción que es también la transformación de la realidad urbana de Europa. La consolidación tardía de los estados nacionales de Alemania e Italia implicó no sólo la redefinición de límites políticos sino también la conquista de estados y esferas de ciudades. Hiroshima es el nombre de una ciudad, pero también símbolo de la destrucción causada del hombre sobre el hombre. Cuando uno pronuncia Hiroshima no piensa en la ciudad, piensa en una catástrofe con forma de hongo atómico. Y lo mismo hoy que ayer, pronunciar la palabra Katrina es pensar en una ciudad devastada por una ferocidad torrencial de la naturaleza: Nueva Orleans. Innegable parece entonces que las ciudades son ese escenario donde todos los macro cambios parecen ocurrir, donde todos los hitos despliegan su papel sin libreto.

Pero también es desde una visión microscópica donde la ciudad es el escenario del teatro individual, acaso nuestra propia vida acelerada y anónima, pero nuestra, que nadie recuerda (ni siquiera a veces nosotros mismos) la que acontece sobre la piel urbana. Nuestros actos cotidianos se despliegan en y sobre aquello que llamamos ciudad. La ciudad parecería ser una cosa sobre la que desplegamos nuestras vidas, como si ellas no fueran también parte de la ciudad. Dormimos en la ciudad, algunos en casas otros en rincones urbanos (puentes, plazas, estaciones). Reímos en la ciudad: en privado, en la calle, en el teatro. Comemos en la ciudad: cada vez menos en la mesa familiar y más en lugares dispuestos para tal fin (aunque esto depende de cada obra teatral individual). Hacemos el amor en la ciudad: en sus rincones, sus cuevas, en los hoteles alojamientos, quién sabe donde más. Nacemos en la ciudad: al menos la gran mayoría, en un taxi a las apuradas o en el hospital. Lloramos en la ciudad: al salir del trabajo, al despertar húmedos por la tristeza del día anterior, en una plaza luego de despedir a la persona amada, en el puerto o en los balcones u otro lugar donde nadie pueda vernos. Morimos en la ciudad: de la forma más anónima y cruel, aunque a veces no tanto. Para algunos la vida es una agonía y la muerte una conclusión mal escrita. Para otros la muerte los atrató por sorpresa en una esquina, a la salida de un banco o en un café. Depresión, desnutrición, infartos, una bala, una maceta cayendo de un balcón deteriorado, que más da. La muerte está allí y a veces nos lleva. Y ya listos quién sabe para qué somos enterrados en la ciudad. Porque en la ciudad no es como en los pueblos, que los cementerios están en las afueras. La ciudad se ha desbocado, ella escenario mismo de la vida y la muerte ha crecido como una enredadera hasta absorber en su corazón aquello que antaño eran las afueras. Los cementerios estaban en los

<sup>10</sup> Romero José Luis, Estudio de la mentalidad burguesa, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

suburbios pero la ciudad creció y los hizo parte de su textura. Venimos de ella y como polvo nos vamos entre sus alcantarillas olvidadas.

### El escenario herido

La ciudad – escenario de la macro y micro teatralidad de la historia y la vida individual parece una realidad incuestionable. Hay sangre en el escenario, hay lágrimas en el asfalto, hay flores surgiendo de las grietas rebeldes de los edificios, hay semáforos que parpadean, hay árboles que se inclinan y ramas que se caen, hay yuyos creciendo de los techos de las casas y las baldosas un tanto rotas. Hay la ciudad cayendo dentro de nosotros. Porque nuestras vidas son el escenario de la ciudad. Son nuestras existencias las que están atadas de un modo tan íntimo e invisible a eso que llamamos ciudad que nuestra carne es ciudad, nuestros sueños son ciudad, nuestro andar es ciudad.

La ciudad no es algo tendido sobre la tierra donde el hombre canta, vive, sufre, muere, ama. La ciudad no es la alfombra de la historia donde nacen batallas, caen bombas, se firman tratados. La canción, la vida, el sufrimiento, el amor, las batallas, las bombas son parte de la ciudad.

La ciudad no es el escenario neutro donde los acontecimientos suceden con independencia de aquella. Es ese torrente de acontecimientos innumerables el que le da sentido, vida, olores, sabores a una ciudad. Es la ciudad la que le da sentido, vida, olores, sabores a esos acontecimientos. Sólo puede usarse la palabra escenario si somos capaces de desdoblarse en dos: la ciudad es escenario de la vida porque la vida es escenario de la ciudad, aunque cuál de los dos términos debe ser dicho primero es una cuestión que no podemos responder.

## **2.5. EL INDIVIDUO Y LA CIUDAD**

La ciudad es un invento humano aunque nunca sea una creación completamente deliberada, porque lo que una ciudad es más que lo que se trata de hacer de ella. A lo largo de la historia ha habido varias ideas, formas o tipos de ciudad. En general cuando empleamos hoy la palabra lo hacemos en un sentido simple y unívoco, para representar un tipo específico de ciudad que en realidad es una de las tantas formas históricas.

Ese tipo específico, hoy predominante, es la ciudad moderna burguesa que no ha dejado de transformarse y reorganizarse desde su emergencia. Siguiendo a José Luis Romero en Estudio de la Mentalidad Burguesa podemos señalar que de los siglos XI al XIV comienza gestarse una nueva experiencia en nuevo ámbito: la ciudad. Esta experiencia es una nueva forma de sentir y vivir ligada a nuevas formas de convivencia, comunicación y problemas.

El desarrollo de la era planetaria a la que referimos anteriormente es la expansión de ese mundo burgués, urbano y europeo. La conquista y colonización de América es la proliferación de ese prototipo de ciudad que es reproducido en el mundo colonial: el mismo ayuntamiento, la misma iglesia, y en muchos casos la misma cuadrícula colonial.

Pero las ciudades de hoy muy diferentes a las de ayer crecen, se industrializan. Buenos Aires se hace mujer cuando emerge como metrópoli entre los años '20 y '30. Paralelo a la urbanización de la ciudad se desarrolla la urbanización del individuo. El término urbanización en relación con la ciudad puede simular o significar progreso o modernización, pero también regresión y decadencia.

Para el individuo, aunque éste no sea consciente de ello, urbanización quiere decir acomodamiento de su cuerpo e industrialización de su espíritu. La vida en la ciudad condiciona por una parte el cuerpo del habitante y del transeúnte. La ciudad espera que el ser urbano se vista de una forma. Cada ciudad engendra su moda, una estética propia que la liga con la cultura. Pero la ciudad no sólo espera que el cuerpo sea adornado de una determinada forma, también espera y educa un sentido de movimiento, de adecuación del cuerpo al espacio, de velocidad de tránsito. La vía pública educa a los cuerpos disciplinándolos acorde a la geografía urbana.

Pero es también en otro sentido que la urbanización impacta en el individuo. Su espíritu también se urbaniza. No sólo el cuerpo se adapta a un espacio urbano, también nuestra sensibilidad. La ciudad va dejando huellas en nuestro espíritu, nos crea un sentido de orden, una racionalidad cotidiana, una mentalidad del hombre en la ciudad.

Konrad Lorenz utilizó el término “*imprinting*” para referirse a las huellas sin retorno que dejan en el animal joven las primeras experiencias de vida<sup>11</sup>. Morin por su parte innova con el concepto de “*imprinting cultural*” para señalar las marcas que desde el nacimiento deja la cultura en el ser humano, primero a través de la familia y luego de la educación escolar. El *imprinting cultural* condiciona nuestra percepción selectivamente, en cuanto nos hace despreciar todo lo que no vaya en el sentido de nuestras creencias.<sup>12</sup> De este modo el *imprinting* permite asegurar la estabilidad y reproducción de las estructuras que gobiernan y organizan el conocimiento.<sup>13</sup>

Nosotros proponemos hablar de de *imprinting urbano* para referirnos al sentido de orden y normalidad que la ciudad crea en nuestra conciencia, porque la ciudad es un monstruo del que no tenemos conciencia. La ciudad caótica, agobiante, la nuestra. La ciudad puede ser la clara expresión del desorden, de la desorganización perpetuándose. Pero incluso en lo caótico de una ciudad hay una pauta de orden que persiste. Porque quién puede negar que Buenos Aires es un caos organizado, una desorganización florida a la que estamos acostumbrados con un sentido de habitual normalidad. La ciudad crea al individuo a su imagen y semejanza, aprendemos una narrativa de orden que está inscrita en nuestra cultura, orden que existe a pesar del desorden urbano.

## **2.6. ENTRE LA PROSA Y LA POESÍA**

Quizás sea cierta la afirmación de Martínez Estrada, “Buenos Aires no tiene su poeta ni su poema. [...] En cambio, la Pampa tiene su *Martín Fierro*. [...] No falta la ciudad, sino el poeta. Y es porque Buenos Aires es destructora de poesía y no creadora”<sup>14</sup>.

Es cierto, posiblemente Buenos Aires sea destructora de poesía y de poetas, pero eso no la priva de ser una poesía en sí misma, a pesar de que este agraviada y enferma de prosa.

En el terreno del lenguaje el poeta rompe con las reglas de la prosa, hace que dos palabras copulen amorosamente o teje guerra súbitas entre ella para crear una nueva imagen, una sensación, una música en su poesía. Y esta significación propia de la poesía escapa al orden natural de las palabras. Para el hombre de negocios la palabra “barco” significa el medio de exportar los productos agropecuarios, para el poeta el “barco” es el viaje donde el alma silba sola la angustia de la ciudad.

El poeta rompe con la racionalidad de la prosa, no de un modo irracional pero si con una racionalidad polifónica, donde amar, cantar, vivir adquieren nuevos sentidos.

En la ciudad la vida del hombre es más prosaica que poética. Toda ciudad engendra una prosa propia, no sólo una estética de su geografía, sino un campo de lo posible y lo esperado. No importa que en las calles reine el caos. La ciudad crea un sentido de orden. Ser urbano, vivir o transitar en ella (también morir) es someterse a la prosa de la ciudad, a sus reglas de orden, y olvidar en parte la poesía de la vida.

## **2.7. ENTRE EL TERREMOTO Y EL NACIMIENTO DE UNA FLOR**

En la ciudad hay relojes. En la ciudad hay tiempos diferentes, uno respecto al individuo el otro respecto a la ciudad como existencia. Hay una cierta velocidad de los automóviles transitan, hay un estilo de movimiento de los hombres que se desplazan. El tiempo de la ciudad en relación al transeúnte está simbolizado por el reloj que expresa “la vida mecanizada del individuo” según lo percibe Martínez Estrada; porque toda ciudad dice, debe ostentar en sus grandes edificios públicos algunos relojes aunque quizás no haya un tiempo general para todos<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> Morin, Edgar, *El Método IV Las ideas*, Madrid, España, Cátedra, 1998. p. 28.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>14</sup> Martínez Estrada, Ezequiel *La Cabeza de Goliat*, Buenos Aires, Losada, 1983, 179.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p.49-50

Pero en relación con la ciudad misma en cuanto ser autónomo, el tiempo no está regido por relojes. Hay una cierta distancia entre la palabra ciudad, es decir la ciudad concepto y la experimentación de la ciudad vivida. Porque quién la vive no puede ni medir ni estimar el tiempo propio de la ciudad.

El derretir del mismo caucho obliga al hombre a bajar la vista para sortear obstáculos de veredas y calles negándonos paso a paso la extraordinaria experiencia de descubrir otra historia en la mirada, la que está bajo el cielo: columnas, ventanales, cúpulas, hojas de acanto, vitraux. Los tiempos de la ciudad sólo pueden concebirse a través de imágenes, porque las formas de la ciudad se transforman en tiempos propios para los cuáles el hombre no ha diseñado ningún elemento de medición.

“La mirada recorre las calles como páginas escritas: la ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso, y mientras crees que visitas a Tamara, no haces sino registrar los nombres con los cuales se define a sí misma y a todas sus partes. Como es verdaderamente la ciudad bajo esta apretada envoltura de signos, qué contiene o esconde. [...] Afuera se extiende la tierra vacía hasta el horizonte, se abre el cielo donde corren las nubes. En las formas que el azar y el viento dan a las nubes el hombre ya está entregado a reconocer figuras: un velero, una mano, un elefante” dice Italo Calvino en *Las ciudades invisibles*<sup>16</sup>.

Más aquí y más allá de esa polvareda de signos que es la ciudad hay un terremoto devorando todo lo significativo y toda la carne gris de la ciudad. Hay también una flor naciendo, muriendo a veces, imperceptible como las hojas del otoño que caen a la tierra y se hacen humus sin ser vista. Porque a pesar de que las miremos no podemos ver su proceso de descomposición. Lo mismo sucede con las ciudades.

El terremoto y la flor son los dos ritmos de una ciudad. Un terremoto es como un huracán, una gran catástrofe. Algo sucede repentina y trágicamente y deja una huella profunda. Los hombres de ese tiempo pueden ser testigos o voceros de un hito de gran magnitud. El hombre de la ciudad se da cuenta de que *su ciudad* cambia a través de los macro acontecimientos.

Pero más aquí de los terremotos, más invisible, como dientes poblando una realidad subcutánea la ciudad es como una flor naciendo. La flor nace lente y nunca puedes verla crecer aunque la mires. Sólo a través de un ojo prestado, de una cámara observándola por horas puedes capturar su desarrollo. Y así, pasando la película rápidamente puedes ver como la flor crece en un segundo o en dos. Eso mismo sucede con la ciudad, esta naciendo y muriendo como una flor, pero simultáneamente. Los miles de cuerpos humanos y automáticos que la transitan modifican su piel, sus rincones, sus esquinas.

La ciudad vive reorganizándose aunque parezca una. A veces por grandes catástrofes, terremotos urbanos doblemente materiales: cemento que se despliega y se repliega, construcción y destrucción. Cuerpos que se mueven simultáneamente: multitudes que aparecen y desaparecen. Pero también micro catástrofes que el ojo no puede ver ni quiere: una baldosa se va soltando, un poco de revoque que se cae, un político que estornuda es repudiado en un lugar público, un colectivo golpea un cartel y lo tuerce, la vida en los cafés se engendra como una telaraña.

## **2.8. EL DIÁLOGO ORDEN Y DESORDEN**

¿Cómo surge una ciudad? ¿Cuál es su fundamento? ¿Es concebible la idea de origen en la creación de una ciudad? La fundación de una ciudad parecería ser una piedra de certeza aunque quizás no sea más que un símbolo de la ausencia de fundamentos. La fundación es una excusa originaria. En la mente de Don Pedro de Mendoza no está la idea de construir una civilización sino más bien una pauta defensiva, estando en la costa oriental envía a explorar las márgenes opuestas del Río del Plata con el fin de estudiar la otra orilla y fundar una población en caso de ataque portugués.

Lo que es cierto, al menos para Buenos Aires es que su fundamento excede su fundación. La Buenos Aires de Don Pedro fue asediada y sitiada por los aborígenes, y luego destruida por aquellos. Algunos relatos indican que fue

<sup>16</sup> De I. Calvino, *Las Ciudades Invisibles*, Buenos Aires, Minotauro, 1988.

el hambre el que triunfó en aquella primitiva Buenos Aires. También se señala que en 1541 fue el veedor Alonso Cabrera que ordenó despoblar Buenos Aires y mudar a sus habitantes a Asunción en donde había más alimentos. Se procedió a quemar la fortaleza, la iglesia y las pocas casas que había.

La imagen que tenemos es la de una ciudad que surge en y por el desorden: la conquista, la guerra, la defensa, la lucha con los aborígenes, el hambre, el caos, la quema parecen ser los elementos primigenios de aquella fundación. Pero si la ciudad, tal como señalamos en el apartado anterior, es una narrativa de orden ¿Cómo puede surgir por el desorden? Como puede sostenerse a lo largo de la historia un cierto orden en una ciudad que emerge del caos, la violencia y la desorganización. Quizás haya que tejer una relación crucial entre el despliegue del desorden, la constitución del orden y el desarrollo de la organización de una ciudad.

Desorden es guerra. Desorden es muerte, conflicto. Desorden es lucha. Desorden es explosión. Desorden es conquista. Desorden es turbulencia, inestabilidad, desviación, dispersión, improbabilidad. Lo cierto es que todas estas imágenes de *desorden* las encontramos no sólo en aquella primera imagen rudimentaria de la fundación de Buenos Aires sino en las ciudades ya organizadas donde el Orden es Rey (Hiroshima era quizás una ciudad con cierto orden antes que germinase una margarita atómica de un polen siniestro en 1945).

¿Cómo comienza una ciudad? ¿Surge de la expansión de fuerzas diversas provenientes de otros territorios? o ¿Emerge desde un punto inicial y un origen preciso? Más que inclinarnos por uno de los extremos de esta disyuntiva preferimos presentar otra imagen. La ciudad surge por un cambio / ruptura de forma en condiciones singulares. Una ciudad es una catástrofe que no se identifica con un comienzo absoluto. Ciudad es una unión entre morfogénesis o creación de forma y ruptura de forma o catástrofe. Esto contribuye a intuir, no a explicar, la idea de que la ciudad emerge como organización y orden en el mundo edificada por el desequilibrio y lo inestable.

Creemos que es posible pensar la ciudad como una emergencia, es decir la aparición de un evento, una ocurrencia singular nueva surgida del encuentro entre los juegos del orden y del desorden. La palabra encuentro es fundamental porque representa condiciones en que muchos elementos desunidos puedan comenzar a vincularse.

Para que haya ciudad es preciso que haya organización, para que surja la organización es vital que haya interacciones, pero éstas no surgen sino a través de los encuentros y no hay encuentros si no hay desorden, turbulencia, agitación.

¿Interacciones entre quién? Entre procesos indecibles, entre ideas, entre personas, entre voluntades formas, entre praxis. Interacciones entre todos los elementos y partes de una ciudad: *el espacio, el territorio, la alteridad, el contexto, una cierta materialidad, ideas que circulan, habitantes, transeúntes, etc.* Una vez que la ciudad se ha constituido como tal, en cuanto organización, el orden urbano puede parecer una realidad evidente. Pero bajo nuestra óptica orden, desorden, organización se coproducen simultánea y recíprocamente, y no es posible optar por uno de los términos separados de los demás.

Orden y desorden no son sólo principios genéticos en la idea de ciudad, son elementos permanentes de su existencia; porque una ciudad es un diálogo incesante entre procesos ordenadores y caos, es decir desintegración organizadora.

## PARTE III. Método y Ciudad

Si la idea de modernidad ha crecido al claro del mito del desarrollo de la ciencia y el progreso en el conocimiento, ¿Qué lugar tiene la ciudad en el saber científico? o para plantearlo inversamente ¿puede haber una ciencia de la ciudad? ¿Cuáles son las fallas y fisuras del discurso científico en la comprensión de lo que una ciudad es? ¿Cuál es el método menos mutilante para comprender la unidualidad de la ciudad? Nótese que empleamos aquí la palabra método y no metodología. Ésta en su sentido restrictivo significa el conjunto de métodos específicos y técnicas de investigación que viabilizan una investigación científica. Por el contrario la noción de método es más amplia. El método es el camino que se hace camino al andar, como dice la poesía de Machado. Como dice Nietzsche en el anticristo “*los métodos vienen al final*”, y también lo señala Deleuze, “*no hay método, no hay receta sólo una larga preparación*”.

No proponemos apriorísticamente un método para comprender la ciudad, tampoco premisas interpretativas. Partimos en la búsqueda de un método que nos permita concebir a la ciudad como un fenómeno complejo y paradójico, histórico y material, político y cultural, fenoménico y estructural, territorial e ideal, geográfico y atmosférico. Buscamos evitar la doble mutilación, la de reducir la complejidad de la ciudad al estudio de sus partes: subvertir las anteojeras del urbanista anónimo que desde su parcela cognitiva cree que el saber técnico es el más adecuado para producir un cambio en la ciudad. Pero también decapitar las visiones holistas que hacen un reduccionismo del todo, tratando de capturar una esencia universal de ciudad a través de una macroscopía. Estas visiones están en las antípodas de la ensayística estradiana que florece en la Cabeza de Goliat.

Este apartado está organizado del siguiente modo. Examinaremos primero de modo breve la noción de disciplina, para desembocar en la idea de la fragmentación del saber moderno en dos culturas, la humanística por una parte y la científica por otra. Luego intentaremos entre ver el agujero negro de la ciencia o la patología del saber contemporáneo, para de ahí en más presentar dos miradas sobre la ciudad, la macroscópica y la microscópica. Presentamos luego una breve nota sobre las insuficiencias de la Ciencia Política oficial como disciplina y campo parcelario del saber. El apartado concluye inacabado con una conclusión rudimentaria, la ciudad es un fenómeno multidimensional que existe como un problema molecular. No es posible diseccionar sus partes para entenderla en su totalidad. Necesitamos construir y trabajar por un método generativo capaz de dar cuenta esa complejidad, un saber polifónico que reúna a las ciencias, la ensayística, las artes y la poesía para producir una interpretación multidimensional de lo que una ciudad es.

### 3.1. ¿QUÉ ES UNA DISCIPLINA?<sup>17</sup>

Aquí queremos reflexionar sobre una zona muy particular de lo discursivo donde están imbricadas todas las dimensiones del lenguaje: **el discurso disciplinario**.

La razón disciplinar postula y nos dice: “allí donde esté mi objeto hacia allá ira mi discurso y mi conocimiento” y organiza de este modo un discurso anónimo, donde el autor es eclipsado bajo el sol disciplinar que ilumina una razón privada de subjetividad. El discurso disciplinar organiza así un mundo de objetos al que se refiere el discurso. Y aquí la palabra clave es **objeto**. Antropológicamente el locutor es *homo sapiens*, portador de una lúcida racionalidad capaz de hablar sobre algo que está en el mundo, pero en la geografía misma de lo disciplinario aparece un principio de exclusión interno a ella, la marginalidad de lo pasional-afectivo-pulsional.

John Searle señala que “hablar un lenguaje consiste en realizar actos de habla,”<sup>18</sup> algo de eso está presente en la noción sassureana de *lengua* y la precisión ricoeuriana de *discurso como acontecimiento*. Pero Searle agrega una dimensión más a través de la noción de reglas, sostiene la hipótesis de que “hablar un lenguaje es participar en una forma de conducta gobernadas por reglas. [...] Hablar consiste en realizar actos conforme a reglas.”<sup>19</sup> De este modo podemos decir que la disciplina define también un conjunto de reglas discursivas y una textura del lenguaje.

<sup>17</sup> Retomamos aquí las ideas desarrolladas por Leonardo Rodríguez Zoya en *Ensayo de Antropolítica (mimeo)*

<sup>18</sup> Searle, John Actos de habla. Madrid. Cátedra. 1980. p. 25

<sup>19</sup> Ibid., p. 31

Al interior del campo discursivo de una disciplina hay una cierta “textura de la lengua”, ésta la entendemos como producto de operaciones de selección (nivel paradigmático, en el sentido sassureano) que privilegian ciertas unidades lingüísticas sobre otras, el lenguaje disciplinar devela aquí una fisonomía o si se quiere un rasgo fenotípico en los usos del lenguaje. En biología el *fenotipo* define el conjunto de características de un individuo referidas a un determinado gen, y por tanto los rasgos fenotípicos constituyen las apariencias y características de un organismo real. El fenotipo del discurso disciplinar estaría caracterizado por la presencia y utilización de ciertas palabras sobre otras.

Pero a parte de esta textura también están implicadas un conjunto de reglas, que en un sentido amplio abarcarían aquello que Foucault en el *Orden del Discurso* denomina como “conjunto de métodos, juego de reglas, de definiciones, de técnicas y de instrumentos”. Por lo tanto hablar un lenguaje disciplinar es realizar actos de habla conforme a las reglas de la disciplina.

Y es aquí donde se nos presenta un doble sentido de la palabra **disciplina**: por una parte ella remite a un campo cognitivo o sea a un conjunto de “proposiciones consideradas como verdaderas”<sup>20</sup> que se dirigen a un determinado “plan de objetos”<sup>21</sup>. Pero por otra parte la palabra disciplina remite a un “acto de poner orden, corregir e incluso exigir obediencia.”<sup>22</sup>

Pero las disciplinas no existen en abstracto, sino que se organizan en instituciones enraizadas socialmente, se constituyen como ámbitos institucionales donde producen, circulan y son reconocidos los mismos discursos disciplinarios. De ahí que podamos decir que hay una producción de sentido propia del discurso disciplinar, o si se quiere una trama significativa interna a la disciplina. Pero la semiosis disciplinar se encuentra relacionada con la semiosis social<sup>23</sup>, a la cuál alimenta al tiempo que es alimentado por ella.

Para ordenar lo dicho podemos intentar sintetizarlo del siguiente modo, **la disciplina** como principio de control en la producción de un discurso implica: un principio de **orden del lenguaje** (textura de lo discursivo), un principio de **reglas y orden de proposiciones** (el conjunto de métodos y técnicas), un principio de **orden cognitivo** (el campo de objetos, el ámbito donde la disciplina se extiende como área cognitiva). Pero aún nos resta otro principio ordenador / regulador del discurso disciplinario que tiene que ver con el sujeto que pertenece a una disciplina. La disciplina instituye un **principio de identidad** a sus miembros, en cierto sentido ser parte de un campo disciplinario es aprender sus reglas, sus discursos, sus proposiciones, sus métodos. Constituirse plenamente como sujetos cognitivos de una disciplina es aprender a estar sujetos al campo cognitivo de la parcela disciplinaria. La comunidad científica / discursiva que participa y se realiza en y por una disciplina aparece aquí con un sentido de unidad, una identidad común de quienes se reconocen como partes de ese todo discursivo. Y dentro de esta comunidad disciplinar los sujetos son educados, aprenden (aprendemos) una disciplina de pensamiento, un modo de pensar, de interrogar, de conocer, de reconocernos. Y la cuestión del reconocimiento no tiene que ver sólo con el sistema productivo que irriga la semiosis disciplinar (producción – circulación – consumo), sino también con una cuestión simbólica de status y poder. Al interior de la disciplina los sujetos son (somos) reconocidos como parte de ella, sus producciones son valoradas y reconocidas públicamente. Son criticadas, elogiadas, validadas, refutadas, reconocidas para una nueva producción semiótica.

Así quién emplea la palabra en un congreso, en un seminario, unas jornadas, en un aula; o quien produce un texto (un libro, un artículo, un paper) es un sujeto arrojado al orden del discurso disciplinar, donde para pertenecer tiene que someterse a su organización y a sus principios de exclusión y orden. Puede permitirse ciertas trasgresiones y libertades irresponsables, deslizarse hacia una temática menos común, a un lenguaje de uno u otro campo, pero debe seguir operando bajo las mismas reglas para continuar siendo un sujeto de la disciplina. El sujeto de una disciplina entonces se somete doblemente a un disciplinamiento, por un lado acepta y reconoce la tradición discursiva de su campo, y también reconoce las reglas y protocolos de comunicación y uso del lenguaje en las instituciones socialmente enraizadas donde las prácticas disciplinarias son realizadas.

Y aquí podemos formular una pregunta que podríamos haberla planteado de antemano, ¿es la disciplina sólo un principio de control interno al discurso, tal como lo concibe Foucault? Si y No. Sí por todo lo que hemos visto.

<sup>20</sup> Foucault, Michel El orden del discurso. Barcelona. Tusquets Editores. 1987. p.27

<sup>21</sup> Foucault, Michel El orden del discurso. Barcelona. Tusquets Editores. 1987. p. 28

<sup>22</sup> Najmanovich, Denise, Interdisciplina. Artes y riesgos del arte dialógico. Disponible en:

[http://www.pensamientocomplejo.com.ar/doc\\_articulo.asp?IdDocumento=59](http://www.pensamientocomplejo.com.ar/doc_articulo.asp?IdDocumento=59)

<sup>23</sup> Verón, Eliseo. La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad. Buenos Aires. Gedisa. 1987.

No, por lo que hemos dejado entre ver. En tanto que la semiosis disciplinaria se encuentra relacionada con la semiosis social, los principios de exclusión que operan a nivel social (prohibiciones, relación razón – locura, voluntad de saber/verdad) también irrigan y son reorganizados en los discursos disciplinarios.

### **3.2. TRES TÉRMINOS VINCULADOS: SEMIOSIS, NOOSFERA Y PARADIGMA**

La idea fuerza que queremos presentar en este apartado es que la ciudad es el contexto de todo proceso de producción social de sentido, es el soporte físico y espiritual de dónde emerge y es en sus instituciones donde un paradigma es producido y re producido.

**Ciudad y Semiosis:** Todo proceso discursivo se inserta en un contexto, al mismo tiempo que dicho contexto es co-productor y co-organizado del discurso; esta idea se ve reforzado por la noción veroniana de *semiosis social*. Por lo tanto un análisis o interpretación de un discurso sin su contexto, es decir una visión desecologizada de los procesos discursivos sólo puede producir una reflexión mutilada y una ciencia privada de los sistemas de signos. La sociosemiótica de la que nos habla Verón, nos lleva a ver al sentido entretreído con los comportamientos y acciones sociales, y por lo tanto atender a la producción de los discursos sociales.<sup>24</sup>

Ninguna praxis social es comprensible por fuera de la producción del sentido, todas las interacciones, interreferencias y actividades antrosociales comportan una dimensión significativa y por lo tanto están mediadas por el lenguaje. El lenguaje es como dice Ricoeur “un material a trabajar y a formar”, y por lo tanto el discurso “es objeto de una praxis y una techne.<sup>25</sup>” Por lo tanto como apunta Verón el **sentido** es el resultado de un trabajo social,<sup>27</sup> de este modo el sentido es siempre socialmente producido, no hay sentido por fuera de lo social y la misma organización de la sociedad comporta una dimensión significativa. De ahí la formulación veroniana de una doble hipótesis: toda producción de sentido es una producción social, todo fenómeno social es un proceso de producción de sentido<sup>28</sup> y de un doble anclaje: “de lo social en el sentido, y del sentido en lo social”.<sup>29</sup>

Y aquí valga señalar lo siguiente: no hay ciudad sin semiosis social pero no hay semiosis sin ciudad, ambas están mutuamente implicadas y coproducidas. Ambas están entrelazadas como dos cuerpos, como la ciudad y la vida son escenarios mutuamente constitutivos tal como habíamos dicho anteriormente.<sup>30</sup> Es esta semiosis la que permite hacer emerger la idea de ciudad como realidad simbólica e imaginaria. Juliio Cortázar concibe la literatura como una experiencia capaz de transformar al hombre a través de una revolución radical de lo imaginario y del lenguaje, la ciudad sería el hombre capaz de ser transformado por esos mismos elementos.

**Ciudad y Noosfera:** Popper dividió el universo humano en tres mundos: <sup>31</sup>

1. El mundo de las cosas materiales externas
2. El mundo de las experiencias vividas
3. El mundo constituido por las cosas del espíritu.

El tercer mundo popperiano abarca una pluralidad de elementos, los productos culturales, el lenguaje, las teorías, las nociones, los discursos, los conocimientos científicos, los discursos religiosos. Este mundo Popper lo denominaba el tercer reino. De algún modo podemos decir que todo el proceso de la semiosis social es irrigado por todos los productos de este tercer reino, al mismo tiempo que todos los discursos socialmente producidos fluyen hacia él.

En la década del 20 Teilhard de Chardin empleó el término *noosfera* para destinar este mundo producto del espíritu humano. En un sentido amplio todas las ideas y “cosas del espíritu” nacen de nuestros mismos espíritus ↔ cerebros en determinados ambientes culturales. Evidentemente esta noosfera es una especificidad primordialmente humana. Pero aquí no basta con decir que este tercer reino es una “atmósfera” de discursos, un acervo de conocimientos, un mundo estanco y compartimentado donde podíamos distinguir todos sus elementos constitutivos. Más bien como decía Marx “Los productos del cerebro humano tienen el aspecto de seres

<sup>24</sup> Verón, Eliseo La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad. Buenos Aires. Gedisa. 1987. p.126

<sup>25</sup> La distinción entre praxis y techne proviene de la filosofía aristotélica. Puede encontrarse en Ética a Nicómaco y también en Política. Mientras la praxis es un actividad cuyo fin es interno a ella misma, la techne es una actividad cuyo fin es exterior a ella.

<sup>26</sup> Ricoeur, Paul Del Texto a la Acción. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica 2001. p.101

<sup>27</sup> Verón, Eliseo Semiosis de lo ideológico y del poder en Espacios N°1, Diciembre, 1984.p. 12

<sup>28</sup> Verón, Eliseo Op. cit. 1987 p.125

<sup>29</sup> Verón, Eliseo Op. cit. 1987 p.126

<sup>30</sup> Ver Supra 2.4.

<sup>31</sup> Morin, Edgar El Método IV. Las ideas. Madrid. Cátedra. 1998. p.112

independientes dotados con cuerpo particulares en comunicación con los humanos y entre ellos,”<sup>32</sup> de ahí la reflexión que hace Morin al respecto “no sólo poseemos ideas también podemos ser poseídos por ellas.” En efecto los seres humanos podemos vivir y morir por una idea. Pero también estas “ideas” en sentido amplio no son elementos pasivos, tienen su organización y al tiempo que podemos ser poseídos por ella podemos decir que “son seres mentales que tienen vida y poder”. Quizás esta afirmación pueda parecer pertinente para un pensamiento mítico-mágico donde los dioses y seres engendrados pueden poseer el cuerpo y el alma de los seres vivientes, reencarnarse en un animal o manifestarse como un fenómeno natural. Pero los seres espirituales no solo despliegan su poder bajo el pensamiento mítico, también viven en el pensamiento racional. En el nivel social podemos decir que “las sociedades domestican a los individuos a través de los mitos y las ideas”.<sup>33</sup>

En la década del 60 el biólogo Jacques Monod y Pierre Auger habían sugerido algo similar, lo cuál es retomado por Morin, “las ideas pueden ser consideradas como entes de un nuevo tipo. El hombre es portador de un nuevo reino, el de las ideas. No es que el hombre sea el primer ser capaz de tener ideas, pero sí que es el primero que las reproduce, que les da una genética y que les permite constituirse en un reino autónomo.”<sup>34</sup>

Cada sociedad y cada ciudad crea su propio mundo de seres espiritual, sus ideas, mitos, creencias, percepciones indicativas de la realidad, del pasado y del porvenir. Los seres espirituales que habitan la noosfera de Buenos Aires difieren en su vida y apariencia de los que están en los reinos de otras ciudades. Por ejemplo, el subte como tal es una realidad material que existe en muchas ciudades del globo, pero el subte porteño, con su mística, su olor incapaz de ser nombrado, su sabor a tango y sus azulejos únicos son una realidad propia. Esta idea de subte también despliega su poder en la noosfera.

### **Ciudad y paradigma:**

Lo había advertido lucidamente Martínez Estrada hace más de setenta años, estamos encerrados en la ciudad. La ciudad es una trampa donde estamos presos dice en *la Cabeza de Goliat*, “aunque el guardián haya desaparecido hace años o siglos. Nos encerró a todos y se fue, o se murió. Hizo la ciudad y nos metió dentro con la consigna de que no nos marchásemos hasta que volviese. Después se olvidó él de venir y nosotros de irnos”. Estamos encerrados, pero también estamos solos y tenemos miedo señala al principio de su microscopía.

A la manera en que somos encerrados también fue encerrado el minotauro y nosotros también encerramos nuestras bestias. En los zoo (¿lógicos?) la artificialidad que rodea a los animales no es sino la que el hombre ha creado para ellos. Detrás de las rejas (o muros) perciben al mundo como algo ilusorio, tanto el exterior humano como el interior de sus jaulas, Dédalos lo sabía. Pero si cambiamos el eje de la focalización hacia el lado de los animales, son los humanos los que están detrás de los barrotes. Nosotros, en nuestro propio zoo, somos necesariamente *domesticados- disciplinados* para que la conducta humana sea más previsible y las *desviaciones* corregidas.

Y aquí la palabra que suena como una campana terrible es la de domesticación, porque la ciudad hace los moldes del ciudadano, como señala Martínez Estrada. Somos hijos de la ciudad domesticados a través de la pedagogía y la escuela. El sujeto moderno, el ciudadano, vive la *ciudad* como una certeza, es su *praxis*. Desde esa “polis tecnológica”, tal como es entendida por Donna Haraway<sup>35</sup>, se vive una nueva experiencia como “pérdida de experiencia”, y ésa es su paradoja. El conglomerado urbano va a configurarse como coordenada desde donde aprehender la *realidad* y definir ritmos e identidades. Es un laberinto a transitar en soledad en medio de la multitud. Allí permanecemos tan aletargados e hiperactivos en nuestra propia vorágine rutinaria. Si respecto de la locura se puede concluir que el loco es encerrado en el manicomio para que la gente-de-afuera creyera que estaba sana<sup>36</sup>, nosotros podemos decir entonces que los animales están en el zoológico para que los hombres se sientan no-animal. Esta animalidad desvirtuada -distancia simbólica que asegura la diferencia- instaura, como contracara de la dependencia (del animal), el dominio y el poder (del hombre).

<sup>32</sup> Morin, Edgar Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Buenos Aires. Nueva Visión. 2001. p. 28

<sup>33</sup> Ibid., 29.

<sup>34</sup> Morin, Edgar El paradigma perdido, Barcelona. Kairos, 1996. p:243

<sup>35</sup> Haraway, Donna, “Ciencia, cyborg y mujeres. La reinención de la naturaleza”, Ediciones Cátedra.

<sup>36</sup> Idea que se desprende de la lectura de Michel Foucault.

Sin discurrir por dicotomías como naturaleza/cultura, o natural/artificial que nos harían desembocar en otros debates, observamos que el proceso civilizatorio construyó una ciudad y un cuerpo profundamente trastocados. En la ciudad del espectáculo y ciudad informacional que podemos situar a partir de la segunda mitad del siglo XX nuestra percepción es fragmentaria y parcial. Aislados de nuestro entorno, ¿qué imagen nos configuramos de lo(s) otro(s) y de nosotros mismos? ¿Qué queda por fuera de este espacio urbano donde nuestro cuerpo se inscribe de manera definitiva? ¿Cuál es la relación que establecemos con lo/los que quedan por fuera? En la relación con el otro, el Otro es a la vez semejante y desemejante; lleva efectivamente en sí lo ajeno y la similitud.

Una de las crueles paradojas en la que habitamos y que nos habita puede ser enunciada como el ser no-contemporáneos de nuestro tiempo. Los imaginarios se suceden pero muchas veces el hombre permanece anclado en configuraciones anteriores, en otros paradigmas.

Y valga aquí una precisión, el término paradigma es una palabra que se ha puesto de moda y que muchas veces se la usa sin precisar su sentido o sus potencialidades. Hay tres nociones principales y comúnmente conocidas, buscamos aquí destacar una cuarta que es menos conocida y marginal. Las tres nociones principales son las que siguen.

Una viene de la lingüística donde el nivel paradigmático es el nivel generativo que implica las operaciones de selección de las unidades lingüísticas. Otra noción viene de Kuhn donde el paradigma controla y rige el modo de concebir, formular y organizar las teorías. Abarca un conjunto de creencias compartidas por los miembros de una comunidad científica y aporta también un esquema / patrón de resoluciones a los problemas. Los paradigmas funcionan durante cierto tiempo hasta que entran en crisis y son reemplazados por otros. La elección entre un paradigma y otro no es una cuestión de racionalidad sino un acto de fe, una decisión subjetiva. La tercera noción no es exactamente la de paradigma, pero se le aproxima, es lo que Foucault llama *episteme*, que vendría a ser resumidamente las condiciones de posibilidad de un saber.

Ahora bien la cuarta noción que retomamos y presentamos sucintamente aquí es la noción moriniana de paradigma: **“un paradigma contiene, para cualquier discurso que se efectuó bajo su imperio, los conceptos fundamentales o las categorías recortas de la inteligibilidad al mismo tiempo que el tipo de relaciones lógicas de atracción / repulsión entre estos conceptos categorías”**<sup>37</sup>

Por lo tanto en el paradigma hay dos cuestiones claves, **los conceptos maestros y las relaciones lógicas maestras entre esos conceptos**. Aquí no deberíamos ver el paradigma ni como un principio de exclusión ni como una infraestructura de lo discursivo. Más bien debemos verlos como los modos en que son organizados los sistemas de ideas. Todo paradigma tiene una raíz histórica, un arraigo cultural, una dinámica social, por lo tanto los *individuos* “conocen, piensan y actúan en conformidad con paradigmas culturalmente inscriptos en ellos.”<sup>38</sup> Los hijos de la ciudad de Matrinez Estrada, nosotros mismos, somos educados bajo esos paradigmas urbanos, cognitivos, civilizatorio que pueblan una ciudad pero que la exceden por completo.

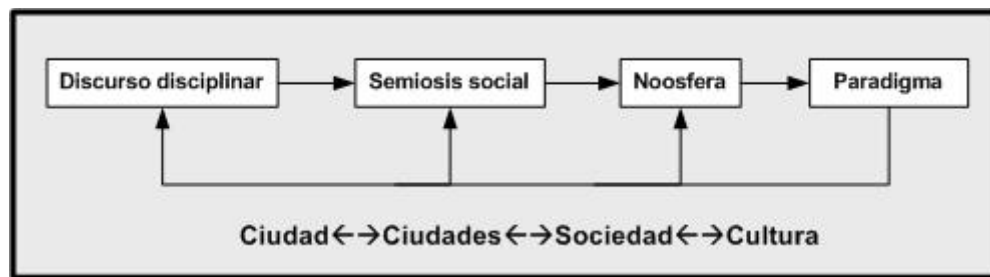
#### Cierre y apertura parcial

Y aquí para concluir este apartado queremos decir que el discurso disciplinar se encuentra relacionado con tres dimensiones del lenguaje a las que nos referimos anteriormente: la semiosis social, la noosfera y el paradigma. La producción de discursos disciplinarios no solo participa en la semiosis de lo social, sino que irriga constantemente la noosfera de esa sociedad. Las disciplinas pueden ser vistas como comunidades discursivas que generan y regeneran constantemente los conocimientos científicos que se organizan en la noosfera. Y también en el discurso disciplinario está endógenamente presente la cuestión del paradigma, los conceptos maestros que son usados para las explicaciones y conocimiento de los fenómenos, y las operaciones lógicas rectoras que gobiernan las relaciones entre ellos. Pero esto no ocurre en un vacío, la ciudad es la estructura y el soporte físico donde estas relaciones pueden ser pensadas, comprendidas y estudiadas. Y cuando decimos ciudad no nos referimos a una entidad individual sino a una red vinculada de ciudades entre sí y partes dentro de una misma ciudad. Cambiar una ciudad no es sólo cambiar su

<sup>37</sup> Morin, Edgar (1998:218)

<sup>38</sup> Morin, Edgar (1998:219)

uso ni tampoco derribarla y hacerla en otro lugar (Martínez Estrada), transformar una ciudad es reformar el circuito interactivo entre:



### 3.3. LAS DOS CULTURAS

Sería posible intentar plantear la pregunta por la historia de las disciplinas, o si se quiere muy esquemáticamente una genealogía del discurso disciplinar. Esta tarea sin duda no podemos emprenderla aquí, pero lo que nos interesa es señalar que la organización disciplinaria de los discursos científicos está vinculada no solo con la historia de la ciencia, sino también la historia de la sociedad, puesto que hay una relación profunda entre la organización de una sociedad y el modo en que ésta organiza sus conocimientos. La organización disciplinaria del saber es una creación humana, una gestación histórica que emerge de un modo de organización social. Históricamente la organización disciplinaria de los discursos científicos comienza a percibirse cuando sucede aquello que señala Foucault, el paso de desde una verdad de la enunciación a una verdad del enunciado. Esto se consolida por una parte en los siglos XVI y XVII en Inglaterra, cuando surge una nueva voluntad de saber que delinea un mundo de objetos que se vuelven potencialmente cognoscibles para un sujeto. También se consolida filosóficamente con Descartes y la emergencia del sujeto cartesiano, sujeto de la objetividad, un *cógitio* reificado capaz de conocer racionalmente la cosa extensa, el mundo de objetos.

Institucionalmente las disciplinas se consolidan y organizan plenamente en el siglo XIX, quizás el modelo más claro sea la universidad alemana decimonónica propuesta por Humboldt. Una universidad científica<sup>39</sup> organizada en departamentos y ligada a la noción moderna de progreso. En el siglo XX este modelo se prolifera y extiende a través de la investigación científica para la creación de conocimientos. Así las disciplinas se encarnan institucionalmente en un modo de universidad y se encuentran insertos en un conjunto de discursos científicos más vastos. Sin embargo las disciplinas tienden a la autonomía y pueden entenderse como una categoría organizadora del conocimiento dentro del conocimiento científico.<sup>40</sup> Toda disciplina al construir su campo de objetos organiza también sus fronteras discursivas, sus límites creados por su lenguaje, por las técnicas y métodos que le son propias.

Hacia fines de la década del 50 Charles P. Snow, profesor de física de Cambridge, escribió un libro llamado "The Two Cultures" (Las dos culturas) donde enunciaba una división fundamental del saber en el seno de la universidad: por un lado hablaba de la *cultura humanística*, por otro la *cultura científica*, ambos como dos caminos del conocimiento con escaso diálogo entre sí. Puede que sea necesario plantear esta división pero en un sentido más profundo, es decir no sólo vinculada al ámbito de la universidad sino en el corazón mismo de la organización del saber y la cultura occidental.

La separación cartesiana entre el sujeto y el objeto opera como una disyunción fundamental que atraviesa el mundo cognitivo y simbólico de occidente de cabo a rabo. El mundo del sujeto es la esfera propia de la filosofía, de la investigación reflexiva, de la especulación metafísica sobre el hombre, el origen, su destino. Sobre este mundo se organiza la cultura de las humanidades, que como dice Morin es "una cultura genérica, que vía la filosofía, el ensayo, la novela, alimenta la inteligencia general y estimula la reflexión sobre el saber y favorece la integración personal de los conocimientos."<sup>41</sup> El mundo de los objetos es el campo de la cultura científica, de la investigación objetiva. Al interior de esta cultura opera también una fragmentación y parcelación del saber en campos separados: las disciplinas.

<sup>39</sup> Abramzón, Mónica y Borsotti, Carlos, "Notas sobre las relaciones entre el Estado y la universidad", en *Sociedad* n° 3 (1993:46-49)

<sup>40</sup> Morin, Edgar, *La Cabeza bien puesta. Repensar la Reforma – Reformar el pensamiento*. Bs. As. Nueva Visión. 1999. p.115

<sup>41</sup> *Ibid.*, 17

Podemos aquí subrayar un doble parcelamiento, o si se quiere un doble alambrado discursivo donde la disciplina extiende su parcela soberana: uno es el alambrado institucional, una universidad organizada en facultades, vertebrada en departamentos. El otro es el alambrado cognitivo, se produce una fragmentación de saberes y conocimientos que no pueden ser articulados entre sí, entre los cuales hay pocos canales de diálogo y comunicación. En la organización disciplinaria de los discursos y de los saberes se ha hiper-desarrollado el principio de análisis sobre el de síntesis, ha primado la separación y desunión mientras que unión y síntesis quedaron sub-desarrollados.<sup>42</sup>

Esto ya había sido observado en parte por Kant cuando detecta el problema y la lucha entre las ciencias físicas emergentes y la filosofía, ambas reclaman para sí una autoridad en la explicación de las cosas, “cuanto más aumenta la autoridad de las segundas más va decayendo el respeto imperial de la filosofía.”<sup>43</sup> Y he aquí la novedad kantiana, la fundación de una nueva filosofía que construye su propio objeto, “la filosofía dejaba de ser una explicación de las cosas para ser una explicación del conocimiento y del hecho de conocer.”<sup>44</sup>

Subyacente a los principios de orden y control discursivo se encuentra el gran principio maestro del saber científico occidental: la disyunción que excluye al sujeto que conoce del objeto de conocimiento, es decir margina y separa al que conoce de su propio conocimiento. Con lo cual las posibilidades apertura de todos discurso disciplinar deberían orientarse a reintegrar al observador en su observación, por medio de que “el sujeto de conocimiento se convierte en objeto de su conocimiento al mismo tiempo que sigue siendo sujeto”.<sup>45</sup>

### **3.4. LA DOS MIRADAS EN LA CIUDAD**

Desde una perspectiva la ciudad puede observarse a través de su nombre. Reducida a éste la ciudad es un punto en un mapa. Su comprensión puede estar dada por lo que los índices pueden decirnos de ella: densidad demográfica, población, extensión, principales actividades económicas, redes de transportes, distribución del ingreso, índice de analfabetismo, participación en el producto bruto del país, relación con la economía internacional. Su imagen es la de una postal cuantitativa. Su existencia es reducida atrozmente a una latitud y una longitud en un mundo globalizado. Cuando la política nacional o internacional de hoy piensa en una ciudad lo hace en esos términos. El micro tejido capilar de la ciudad es un problema local, la gestión municipal cose, pone gases y vendas en las heridas del asfalto y demás artefactos.

Esta visión macroscópica convierte a la ciudad en una mancha de la historia, la reduce a una fecha, a un dato, a un hecho, reduce su historia y su vida a la suerte de una batalla o de un acontecimiento significativo. ¿Pero que hay de los miles de vivientes y sufrientes que tejen la identidad de la misma?

Pero también y en las antípodas de esa visión está la existencia de sus elementos particulares. Las calles por ejemplo que como señala Martínez Estrada en la Cabeza Goliat las hay tristes, apáticas, inexpresivas. En la ciudad se entrecruzan una pluralidad de elementos narrativos de vidas, historias, pinceladas, conflictos que la dotan de una identidad específica. Es la solidaridad entre la macroscopía y la microscopía de la ciudad lo que debe contribuir a mejorar nuestra comprensión sobre ella.

### **3.5. EL OLVIDO DE LA CIENCIA POLÍTICA OFICIAL**

Nuestra intención aquí es reflexionar sobre la ciencia política en tanto campo de conocimiento para reconocer sus cegueras e ignorancias, es decir sus insuficiencias. Mientras que una larga tradición ensayística argentina ha intentado pensar la ciudad como problema del país, toda nuestra ciencia política parece edificarse ignorando el concepto de ciudad. Este breve viaje crítico y autocrítico es más una exploración inacabada.

Si el ensayo es como señala Horacio González “el estilo de la mirada moral contrariada que se interpone en el mundo *que* pone a los sujetos en un problemático ‘colectivo moral’ que les puede revelar sus libertades pero puede

<sup>42</sup> Ibid., 26

<sup>43</sup> Kant, Crítica de la razón pura. Losada. Buenos Aires. 2003. Ver eestudio preliminar a cargo de Kuno Fischer. p. 100-166.

<sup>44</sup> Ibid., 109

<sup>45</sup> Morin, Edgar d El Método IV. Las ideas. Madrid. Cátedra. 1998. p. 31

también oscurecerles las vías de la comprensión.”<sup>46</sup> Y si es también “una de las realización más persistentes e imaginativas de la cultura nacional”<sup>47</sup> entonces ¿quién es nuestra ciencia que combatido y marginado al ensayo como narrativa del saber fuera de su campo de conocimiento?, y ¿quién es nuestra ciencia política que ha edificado su edificio cognitivo ignorando la tradición ensayística?

### La ciencia política como problema

De modo general podemos decir que hasta ahora *la ciencia política se ocupó de resolver problemas*. Pero paradójicamente también podemos decir que pocas veces *la ciencia política se consideró así misma como problema*. Que la ciencia política no se haya considerado así misma como problema muestra en parte el estado grave de la situación: el subdesarrollo auto-reflexivo en la producción y reproducción del saber.

La ciencia se ha dedicado ha observar, a medir, a comprender (versthen), a explicar (erklären), a predecir, a interpretar; pero no ha aprendido ni a *observarse* (*auto-observarse*), ni a *comprenderse* (*auto-comprenderse*) Una ciencia que es ciega ante los procesos de auto-observación y auto-reflexión corre el riesgo de expulsar de sí misma a su motor vital: los sujetos que la practican, que la hacen crecer.

Quizás ese sujeto se trate de un “yo” que enuncia proposiciones, observaciones, etc. Es decir, el científico (nosotros mismos, docentes, estudiantes, investigadores) que exponen sus trabajos en congresos, que publican sus ideas en artículos de revistas académicas, que habitan los tejidos micro institucionales de las disciplina: las aulas, ya como docentes, ya como alumnos. Quizás el desafío es transformar a ese yo-científico, este observador-conceptuador, en (según la expresión de Paul Ricoeur) en un sí mismo reflexivo. El desafío es intentar introducir una teoría del sujeto al interior de la ciencia misma. O para plantear esto como un interrogante abierto ¿qué clase de sujeto científico presupone una ciencia incapaz de pensarse así misma?

La tarea de reinsertar al sujeto en la ciencia exige en parte un nuevo pensamiento y una nueva sensibilidad que nos permita concebir una reflexividad y una racionalidad abierta capaz de pensarnos a nosotros mismos como agentes y pacientes de nuestras “disciplinas”. Esta reforma del pensamiento no puede ser un trabajo estrictamente académico: es decir en el nivel de la producción de discursos académicos; tiene que ser también un trabajo práctico en el seno de las comunidades educativas: es decir en el nivel de los procesos de aprendizaje. La ciencia no solo requiere de una “metodología de la investigación”, también necesita “un método de aprendizaje para aprender a pensarse a sí misma”. Y esta segunda cuestión implica un trabajo humano al interior de la ciencia misma.

### Las expulsiones: La expulsión del sujeto y el olvido del lenguaje

Aquí el problema del subdesarrollo auto-reflexivo se enlaza y deja ver un problema aún mayor, que es el problema del lenguaje. ¿Cómo es posible que la ciencia política haya fundado su objeto al margen de la noción de lenguaje? Y esta es la primera exclusión. Y ante está puede erguirse una primer muralla de críticas, y desde este flanco nos interrogarían diciendo ¿pero qué es para ti la ciencia política? ¿Quién es ella? Y ahí tenemos un primer problema. ¿La ciencia política es una o varias? ¿Es solo una tradición de discurso, es decir aquello que llamamos filosofía política antigua, clásica y contemporánea? ¿O es la reflexión científica de la política, aquella que surge con Easton y Dhal a partir de los años cincuenta? Y en esta operatoria interrogativa reconocemos la desunión de los interrogantes. Por filosofía política estamos apuntando a la *cultura más humanística*, aquella más sensible a la reflexión y especulación filosófica y ligada a una tradición ensayístico narrativa. Por Ciencia Política (con mayúscula) nos referimos a aquella *cultura más científica*, que ancla su saber en una forma discursiva particular: la racionalidad científica, el método hipotético – deductivo, la medición, la cuantificación, el contraste de hipótesis. Los cultores de la Ciencia Política hablan en singular puesto que remarcan su sentido de unidad. Pero también se puede decir, en efecto las ciencias políticas, puesto que hay una multiplicidad de discursos, una urdimbre de tramas significantes, de teorías. La ciencia política (con minúscula y en singular) no existe sino a través de las ciencias políticas.

<sup>46</sup> González, Horacio Restos Pampeanos, Buenos Aires, Colihue. p. 9

<sup>47</sup> Ibid., 15.

El lenguaje es una noción de múltiples entradas: física, biológica, cerebral, cultural, social, individual. Hemos descubierto que el lenguaje es un hecho humano fundamental, constitutivo de la noción misma de humanidad. Enraizado en las capacidades animales – biológicas – cerebrales, se despliega sobre todo lo que es antropológico a través del habla y del discurso, lo cual instituye una semiosis infinita que a su vez genera y regenera la esfera de ideas de toda sociedad. En el campo de los discursos disciplinarios el lenguaje está íntimamente vinculado a la cuestión del saber, es decir a la producción y circulación de conocimientos científicos. Entonces retomamos la pregunta ¿cómo ha sido posible el escaso interés de la ciencia política en el estudio del lenguaje? La omisión del lenguaje es doble: la ciencia política ha olvidado pensar el lenguaje como una dimensión humana fundamental, y por lo tanto vitalmente importante para la comprensión y acción política. Y a su vez al fundarse sobre un paradigma que expulsa al sujeto cognoscente del mismo conocimiento, la ciencia política al olvidarse de sí misma se ha olvidado de su propio lenguaje. Ha ignorado la comprensión de su propia semiosis disciplinaria. Se vuelve así partícipe de una ciencia anónima, de un conocimiento sin sujeto, de un saber esotérico y anónimo, especializado y parcelario.

Aquí no estamos postulando que es necesario dar muerte a la ciencia política, que todas sus teorías y acervos discursivos están equivocados, no, nada de eso. Lo que estamos diciendo es que es necesario deconstruir todas las teorías de la política y reorganizarlas a la luz de un nuevo principio epistemológico: no una epistemología de los sistemas observados, sino también y complementariamente una epistemología de los sistemas observadores. Para conocer el conocimiento de la ciencia política es necesario reintegrar al observador-conceptuador-cognoscente en la observación, es decir trabajar por una epistemología de segundo orden o del conocimiento del conocimiento.<sup>48</sup>

#### El olvido del hombre y la ignorancia de la vida

Pero aquí baste agregar brevemente dos nociones radicales. ¿Cómo es posible que la ciencia de la política se haya edificado al margen de una teoría del hombre, es decir expulsando al hombre como ser viviente y marginando la noción de vida? y aún más ¿Cómo es posible que esto sea aceptado como una realidad adecuada? Y eso es parte de la textura discursiva de la normalidad, con lo que construimos el sentido de realidad.

La ciencia política está triplemente mutilada:

- es incapaz de pensarse a sí misma y su relación con la sociedad
- ignora y margina el concepto de vida y de hombre como ser biológico y cultural
- Se concibe al conocimiento y a la naturaleza por fuera de la naturaleza y el cosmos.

Toda la ciencia política ha sido edificada bajo la expulsión del concepto de hombre. La teoría política (ya sea ciencia o filosofía) no solo ha expulsado al observador de la observación y ha exiliado de sus reflexiones el problema del lenguaje y su propio lenguaje; además ha expulsado la noción misma de hombre y de humanidad. Y al olvidarse del hombre se ha olvidado también de la noción de vida misma. Se ha olvidado de que el hombre que es un ser cultural no por ello deja de ser animal y que pertenece al reino de lo viviente, a la naturaleza misma y al cosmos. Ninguna ciencia política puede construirse si se ignora la noción vital del término vida. Una ciencia política que exilia al hombre y a la vida de sus reflexiones es una ciencia política privada de la vida.

Repensar la totalidad de estas exclusiones (observador – lenguaje – hombre – vida), permitiría vertebrar una nueva noción de ciencia política, más sensible a la vida humana y a los problemas humanos fundamentales. Tal ciencia política podría enunciarse como un conocimiento antro-político, es decir abordar la unidad y diversidad de los problemas humanos en el horizonte planetario, y de aquí poder organizar y considerar el conocimiento, el mundo, la vida, el hombre y la acción política como sistemas abiertos y complejos que no pueden ser encerrados y fragmentados en parcelas disciplinarias.

<sup>48</sup> Morin, Edgar (1984), (1994), (1998), (2002b)

### La ciencia política y la ciudad

La ciencia política en cuanto *Political Science Oficial* y método racional de conocimiento no sólo se ha olvidado de pensarse a sí misma como praxis social, sino que también ha olvidado reflexionar sobre el escenario donde debuta su obra teatral: la ciudad.

El politólogo, guionista, telonero, actor de reparto o en el mejor de los casos protagonista y director de su propia obra opera sobre un escenario sobre el que pocas veces se interroga. El escenario, matriz física del teatro, es siempre presupuesto, pero la mayoría de las veces olvidado o ignorado.

La ciencia política concibe a la ciudad en su aspecto macroscópico, como espacio, como fenómeno burgués, como dato de la historia. Pero siempre prescinde de ella en su complejidad, en su trama múltiplemente significativa, en sus paradojas y complejidades.

El mundo es más de lo que podemos decir acerca de él. Lo mismo ocurre con la ciudad. Sería loco y delirante pretender encerrarla en un texto, en una descripción. Necesitamos un método para aproximarnos a la ciudad que de cuenta de su complejidad, de su tejido, de su unidad múltiple.

¿Es concebible una ciencia de la ciudad? ¿Es la narrativa científica la más apropiada para su comprensión? La ciencia en su sentido clásico y predominante pretende agotar el mundo con su método racional de conocimiento; pero al mismo tiempo que busca elucidar también engendra sombra y oscuridad, no sólo fomenta la comprensión también alimenta la creación de cegueras mutilantes. Si la ciencia quiere conocer a la ciudad tiene que empezar por conocerse y reformarse, es decir aprender a desaprender y reaprender a aprender.

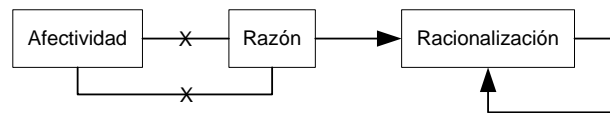
### **3.6. LA CIUDAD COMO PROBLEMA MOLECULAR**

Los temas tratados en este ensayo constituyen un *problema molecular* cuyos términos remiten los unos a los otros y que, por lo tanto, no pueden pensarse aisladamente, es decir atómicamente. Más bien se trata de concebir el problema de la ciudad y la ciudad como problema dentro de una constelación de problemas que deben ser pensados y reflexionados en su complejidad, en las múltiples relaciones que los ligan entre sí. Esta constelación establece un circuito interrelacionado entre: ciudad – arquitectura – urbanismo – política – arte – ciencia – ensayo – nación – porvenir – identidad – vida - muerte. Generalmente los problemas de la ciudad son abordados por técnicos o especialistas de manera aislada, aquí buscamos reunirnos para pensarlos solidariamente.

La interrogación reflexiva que planteamos intenta proponer una integración reflexiva de saberes que no articulan entre sí, y que se podrían poner en movimiento para pensar a fondo el problema de la vida en las ciudades y de la ciudad en sí. Lo que significa hacernos cargo de la enunciación estradiana y pensar a Buenos Aires en una perspectiva política latinoamericana

#### Las ciencias y las artes

Mientras el lenguaje verbal y no verbal del arte tiende a reconocer la subjetividad del sujeto en la producción de su objeto: la obra; el conocimiento científico tiende a esconder dicha subjetividad bajo el orden de su discurso. Así, el progreso de la ciencia es también una regresión de su consciencia. Nuestra ciencia occidental se funda en la total exclusión del cognoscente del conocimiento, del sujeto que conoce del objeto de su conocimiento, en la radical separación de la afectividad de la inteligencia. De este modo el conocimiento científico se funda en un método que pretende observar un objeto sin observar al observador y a la observación; y así, al creer que construye un conocimiento objetivo, verdadero, verificable y lógicamente coherente, alimenta una racionalidad que ignora la afectividad, y que deviene en una razón irracional que encerrada sobre sí misma se hace evidente como racionalización.



Muchos podrían considerar que el arte es una praxis no racional, pero por el contrario es en aquella donde se manifiesta el circuito triúnico que está trunco en la ciencia:



En la base del debate propuesto consideramos a la poesía y al arte como medios de conocimiento. De ahí que de lo que se trata es de inaugurar un diálogo reflexivo entre la ciencia, el arte, la poesía y la filosofía para pensar la realidad material y trasmaterial de la ciudad. Por tanto nuestro punto de partida en la búsqueda de un método es más un itinerario reflexivo y una cartografía inacabada que un discurso que aspire a la totalidad y completud.

## PARTE IV. Itinerarios de la imaginación urbana<sup>49</sup>

Planteamos aquí una narrativa de la historia proyectual y de la reflexión técnico política de la construcción de la ciudad de Buenos Aires.

### **4.1. LA CIUDAD Y SUS AUTORES: EL PLANIFICADOR O LOS HABITANTES**

¿Cómo se construye una ciudad? ¿Quién construye una ciudad? ¿Una ciudad es planificada, planeada de antemano racionalmente? ¿Es posible dibujar en un papel los lineamientos de una ciudad deseada? ¿Si una ciudad es sus avenidas, sus plazas, sus edificios, sus barrios, sus fronteras, su transporte, su moda pero no es sólo eso, si no que también son sus habitantes, las ideas que la recorren, los discursos que la circulan, el espíritu de la gente que vive entre sus calles, que la respira, que la alimenta cómo sería posible diseñar una ciudad de antemano?

Un ingeniero planifica una obra, la diseña en busca de determinados objetivos, contemplando parámetros racionales. Puede describir con palabras en un papel cuál es la ciudad que le gustaría construir, puede dibujarla, hacer una maqueta, una representación en escala, en miniatura de aquello que anhela ver en tamaño real. Pero esos cartones no son más que una representación de la materia intacta de la ciudad, del cemento aún no caminado. Desde el momento en que alguien “usa” un objeto, lo hace suyo, lo modifica, le imprime sus huellas. Desde el instante en que los habitantes “usan” su ciudad: duermen, comen, trabajan, se reproducen, pintan, cantan, bailan en ella; la ciudad material no es más esa maqueta prolijamente diseñada. Con el tiempo y con el uso aparecen marcas impresas por sus habitantes, por sus dueños, por sus otros dueños. El planificador urbano puede considerarse dueño y autor de su obra, de su proyecto, pero una vez concretado, una vez llevado a cabo, el mismo se independiza, se autonomiza y pasa a otras manos. La ciudad queda a merced de quienes la transitan a diario. Como explica Juan Molina y Vedia en *Mi Buenos Aires herido*, la sociedad se apropia de las obras, las hace suyas y les termina de completar el sentido. El ingeniero moldea una estructura que luego al entrar en contacto con la realidad, con la vida que se lleva a cabo en ella, se completa.

Sería muy ingenuo considerar que los planes diseñados por un ingeniero son totalmente neutrales y objetivos y que la subjetividad material de la ciudad está dada solamente por su gente. Desde un principio, el plan urbano está cargado de subjetividad. El plan busca un objetivo y los objetivos no son nunca neutrales. La ciencia y la técnica están a merced de la política, de la intencionalidad de quién diseña. Al idear una ciudad en la que va a vivir y en la que en realidad ya vive una sociedad (porque los planes nunca se hacen sobre la nada, siempre hay algo que preexiste) toman decisiones sobre esa sociedad, al menos se intenta. El planificador urbano afecta con sus planes a la gente que habita la ciudad, busca llevarla hacia determinado rumbo, incluyendo algunos y excluyendo a otros.

Molina y Vedia define el planeamiento urbano como una reflexión acerca de hechos ya constituidos con anterioridad. El planeamiento parte de un diagnóstico que identifica los problemas que puedan existir o las posibilidades de evolución que puedan impulsarse. El ingeniero no parte de la nada, de lo inexistente, parte de una realidad previa, con una determinada geográfica, con una determinada población acostumbrada a vivir de cierta forma, con ciertas necesidades. El planeamiento también entra en contacto con la realidad para nutrirse de ella, para responderle. Si partimos del debería ser, el planificador debería tener en cuenta las necesidades, los usos y costumbres de la sociedad para quién diseña, debería diseñar para la ciudad existente y no para la ciudad futura, ficcional, soñada. Al menos debería tener en cuenta las dos cosas. ¿Cuáles son las posibilidades de mejorar las condiciones de vida de las personas que viven acá, en este relieve y bajo esta forma, cómo les gustaría vivir a ellos, cómo sería posible lograrlo teniendo en cuenta sus modos de vida, sus modos de pensar, de moverse? Lamentablemente si el planificador no se realiza esas preguntas probablemente no logre ni una ciudad mejor para sus habitantes ni tampoco ese proyecto ideal plasmable en cualquier tiempo y lugar. Es así como muchas veces las protestas vecinales copan la calle estableciendo su posición frente a determinado proyecto urbano o una vez que éste ya ha sido realizado para expresar su disconformidad con lo materializado poniendo en evidencia que la voz de la comunidad no se ha escuchado a tiempo, que el diagnóstico no fue acertado por no haber sido completo.

<sup>49</sup> Tomamos la idea de “imaginación urbana” de Gorelik.

De esta forma, obtenemos una ciudad producto de una conjunción: aquello que subjetivamente planea el arquitecto -con o sin participación ciudadana- y aquello que en su transitar y en su vivir modifican e imprimen sus ciudadanos.

## **4.2. BUENOS AIRES**

Al reflexionar sobre Buenos Aires, sobre su pasado, sobre su formación y su destino es necesario poder distinguir una serie de elementos que influenciaron en su planeamiento, en su modo de ser, en su devenir. ¿Quién planeó esta ciudad? ¿Qué la condicionaba a nacer de una determinada manera, a evolucionar de una determinada forma?

### **4.2.1 EL PLAN TÁCITO: COMO INTENTAR IMPRIMIR UN RUMBO DE NACIÓN A TRAVÉS DEL URBANISMO**

Juan Molina y Veida define al Plan Noel de 1925 como el primer plan urbano para la ciudad de Buenos Aires, se trata en su opinión del “primer intento de poner orden en todos los aspectos de la vida ya desbordante de la futura gran Buenos Aires”<sup>50</sup>. Sin embargo también aclara que este plan y el de Le Corbusier (el segundo que data de 1937) buscan tratar los temas de una ciudad moderna, en una época en la que la modernización ya estaba instalada y funcionando en Buenos Aires. Como decíamos antes “el plan no es nunca un pensamiento desde una hoja en blanco” y en muchas oportunidades el plan surge para pensar hechos que ya han ocurrido, para regularlos, conducirlos, eliminar sus aspectos negativos y si es posible incorporar riquezas.

Esto es lo que son el Plan Noel y el Plan Le Corbusier para la Buenos Aires posgeneración del '80, un intento de regulación, de democratización y de estilización de los cambios y transformaciones sucedidos en las cuatro décadas anteriores. Se trató en cada caso de un todo orgánico, prolijamente diseñado hacia un objetivo preciso. En cambio la generación del '80 aquella que llevó acabo las primeras intervenciones destinadas a convertir a Buenos Aires en una gran metrópoli, moderna y digna del primer mundo, de todas aquellas personas que se suponía llegarían en los barcos europeos (y que nunca desembarcaron aunque sí lo hicieron otras no tan dignas) no formuló plan urbano alguno pero sí lo llevo a la práctica.

Las iniciativas e intervenciones llevadas a cabo en esta época aunque no explicitadas en ninguna normativa concreta forman un todo coherente que puede ser fácilmente identificable como un plan tácito. Es así como de 1880 a 1920 de a poco e implícitamente se van cimentando las bases de la Buenos Aires moderna. Para esto fue necesaria la consolidación de un aparato estatal central que, aunque no lo presentará bajo el formato de un planeamiento moderno urbano, apelara a la tecnología y a la ciencia para diseñar las condiciones materiales que organizarían la vida urbana porteña. Siempre hay planes aunque no se formulen como tales. Decisiones aparentemente sueltas pueden, en realidad, formar parte de una acción política totalizadora. Durante cuatro décadas el desarrollo de la infraestructura moderna de flujos –agua potable, cloacas, iluminación eléctrica- y el trazado de parques, avenidas y calles, la construcción de edificios para los poderes públicos, para las instituciones educativas, para compañías financieras, de galerías comerciales, de teatros y hoteles formaron parte del proyecto de ciudad y de nación que poseía la clase gobernante de aquella época. Buenos Aires era la capital y fundamentalmente el puerto de esta nación agro exportadora que de la mano del orden alcanzaría el progreso y el lugar que le correspondía en el mundo. Ese ansiado primer lugar en el mundo, aquella posición que ocupaba Europa y que la nación Argentina podría llegar a ocupar, con esfuerzo y diseño.

<sup>50</sup> Molina y Vedia, Juan, *Mi Buenos Aires herido*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

## 4.2.2 LO PREEXISTENTE: MIRADAS DE UN PUERTO PAMPEANO

Llegado este punto es imposible no hacer referencia a las características “naturales” de Buenos Aires. “Naturales” en el sentido de preexistentes a los planes progresistas del '80.

Buenos Aires es una ciudad pero ante todo es un puerto y su crecimiento y su desarrollo están ineludiblemente ligados a su condición de tal. Buenos Aires da al río, el río da al mar y éste da a Europa. El río nunca importó en sí mismo -por eso durante tantos años, cuando empezamos a mirar al norte, le dimos la espalda- sino por ser la conexión con Europa. Esas aguas -marrones por cierto- significaban Europa y habrá sido esa proximidad, lo que hizo creer que Buenos Aires era parte de Europa o que podría llegar a serlo.

Pero Buenos Aires no linda sólo con el río, linda también con la pampa. Es más, existió una época en que la mirada porteña no era porteña, en el sentido en que no se dirigía al puerto sino que lo hacía hacia adentro, hacia el norte.

En el siglo XVI durante la primera fundación de Buenos Aires la ciudad miraba al norte, hacia la Sierra de la Plata. La “civilización” en aquella época se encontraba tierra adentro, en Asunción. Es por eso que en 1541, cinco años después de la fundación de Pedro de Mendoza, cinco años después de que los españoles lucharan contra los querandíes y contra el hambre, Alonso de Cabrera y Domingo de Irala decidieron ponerle fin al pueblo que en aquel entonces gobernaba Ruiz Galán. Quemaron las chozas y los cultivos -que finalmente “los porteños” habían logrado sembrar- para indicar que en esas tierras no había nada que valiera la pena; y levantaron mástiles con cartas y mapas dentro de calabazas para indicar que había que seguir al norte para encontrar la civilización.

Con la segunda fundación de Buenos Aires a manos de Juan de Garay en 1580 el rumbo de la mirada ya es otro. No se llega a Buenos Aires por el río y se busca adentrarse continente adentro, si no que se baja por el mismo para desembocar mar afuera. La segunda fundación arranca en Asunción y culmina en el puerto que recibe los barcos de Europa, de África y de Brasil, con el tiempo esos mismos barcos partirán llenos de mercancía auténticamente pampeana.

Esta segunda Buenos Aires que no es autóctona (ningún espacio de América podrá volver a serlo después de 1492) pero que tampoco es española comienza a buscar su carácter, su autonomía, su crecimiento. Para ello, mira a su alrededor, primero hacia la pampa y luego hacia el río. Buenos Aires adolece, se rebela, se desarrolla y madura gracias a la pampa y al río, gracias al gaucho y a Europa. Los “vagamundos” que no poseían ocupación fija, que eran mal vistos por aquellos que estaban asentados en la ciudad, fueron quienes le brindaron un recurso y una posibilidad de crecimiento. Vivían de los ganados que mataban, consumiendo la carne y vendiendo los cueros, única riqueza “exportable/contrabandeable” de aquel entonces. Fue así como las primeras poblaciones surgieron como consecuencia del paso del gaucho y del ganado. En un principio siguiendo las rutas que trazaban los caballos, luego las carretas, las naves del Paraná y más tarde las vías del ferrocarril, pero la lógica sería siempre la misma, la mercadería debía llegar a buen puerto. De esta forma, el destino de Buenos Aires queda entrañablemente ligado a la pampa, al gaucho, a la vez que al río y a Europa. Caras de una misma moneda, de una misma travesía pero que se buscará desasociar, enfrentar y oponer para excluir y eliminar aquella que se considera indeseable y bárbara.

Argentina va tomando carácter de la mano del gaucho, las raíces de nuestra cultura están en la pampa y Buenos Aires no es inmune a esta determinada forma de vida, a esta determinada manera de ver y sentir que le llega a través de todos los caminos que confluyen en su puerto. Es así como Quilmes, Lomas de Zamora, Morón, San Martín, San Isidro, San Fernando, los primeros pueblos “gauchos” con sus chacras, sus quintas y sus potreros son atravesados por una cuadrícula que tanto al norte, como al oeste, como al sur, marca un sólo rumbo: el río. Estos pueblos, “pedazos de ciudad que se anuncian en lo rural” y los “pedazos de campo metidos en la ciudad”<sup>51</sup> incorporados por el nuevo trazado de la frontera de Buenos Aires en 1887 dan lugar a la convivencia del campo y la ciudad en un solo y mismo espacio fundando una particular cosmovisión, un modo de habitar propio e indisoluble de Buenos Aires.

Sarmiento, uno de los grandes propulsores de la planificación urbana como estrategia de diseño de una sociedad y de una nación encaminada hacia la civilización y el progreso, comienza a notar hacia fines del siglo XIX la

<sup>51</sup> Molina y Vedia, Juan, *Mi Buenos Aires herido*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

imposibilidad de poner fronteras claras con la pampa: Como bien describe Adrián Gorelik en Miradas sobre Buenos Aires, la resistencia de la pampa hace que “la ciudad *moderna*, a medida que avanza sobre la pampa, lejos de culturizarla, se vuelve más y más una nueva metáfora de su barbarie”. Siguiendo la dicotomía definida por Sarmiento entre civilización y barbarie, la generación del '80 intenta delinear una nación que excluya lo bárbaro, la pampa y que incluya la civilización, el río/Europa. De esta forma, la mirada gira y se vuelve unidimensional, traza la frontera y le da la espalda. Sin embargo, necesita extender esa frontera así que vuelve a mirar, pero no ve nada. A través de los lentes porteños del '80 sólo se ve desierto, la nada misma para construir, planificar, diseñar a su gusto.

Así fue como decidieron construir un país mirando hacia fuera, mirando hacia Europa. Maravillaban sus luces, sus edificios, sus monumentos, su cultura, su arquitectura, su vestimenta. Era necesaria una nación civilizada y racional que marchara hacia el progreso y la modernidad. La nación culta, letrada, intelectual, la nación del saber y del positivismo, esa nación estaba en la ciudad que miraba al río, no en la que miraba a la pampa. Teniendo en cuenta al campo, a la llanura, a la naturaleza, al indio, al gaucho no era posible plantar los cimientos de una nación civilizada. Era imperativo dejar lo preexistente del otro lado de la frontera, combatirlo de a poco. Ignorar y excluir la barbarie. Construir una nación mirando el más allá, otro continente, un futuro inexistente, evitando mirar la nación en vías de construcción, simulando que no se la ve, cuando en realidad se la percibe pero no se la acepta. ¿Por qué no construir una ciudad criolla, porque no construir con los restos, con la materia prima argentina, con lo rico que había en estas tierras? No, en estas tierras no había nada, no había pasado, no había cultura, no había civilización: no había nada, sin embargo, había que protegerse, había que trazar fronteras y había que exterminar. Era un “desierto” pero había que conquistarlo. Borrar todo vestigio de aquella cultura inexistente e importar una nueva.

Queremos europeizarnos, queremos una ciudad europea en la pampa, que le gane a la pampa, que se le imponga. Pero dijimos que una ciudad no es sólo cemento, una ciudad también son sus habitantes, su modo de pensar, de hablar, de sentir, de razonar. Una ciudad razonante! Poblar el desierto con una sociedad que razone, que planifique, que edifique, que construya, que se una a este proyecto de nación. Importarla, traerla de Europa. Pero todo plan tiene su margen de error y en los cálculos se omitió que no toda Europa era civilizada y de los barcos no bajaron ni parisinos refinados, ni londinenses prestigiosos sino italianos laburantes. Esta vez la frontera debía trazarse al interior mismo de la ciudad, la ley de Residencia de 1904 es una clara muestra de esta lucha interna contra el inmigrante indeseable. Excluirlo o integrarlo a la fuerza, borrando todo rastro de su cultura bárbara: que no hable en su idioma, que no cante sus canciones, que se eduque, que honre los símbolos patrios, que defienda a su patria. Sin embargo, así como al avanzar sobre la pampa la ciudad en vez de triunfar, se combina, se mezcla, se barbariza, de la misma forma, al intentar cooptar al inmigrante toma rasgos y características del mismo. Un siglo más tarde, investigadores del Conicet descubren que la tonada del porteño que habla castellano es más parecida a la del napolitano que habla italiano que a la de cualquier otro americano o europeo que hable su misma lengua.

La planificación positivista, piensa un futuro, piensa en el objetivo, piensa en el progreso y piensa que sabe cómo alcanzarlo. Niega la identidad de la ciudad, de la gente que la habita, que la construye día a día. El ingeniero cree que puede diseñar un país a su medida, a su antojo, a su piacere, no, perdón, a su placer. En esos planes no participan ni el indio, ni el gaucho, ni el inmigrante. De esta forma, el plan tácito de la generación del '80 conduce a una ciudad cuya materialidad excluye el espíritu, la identidad, las raíces de su gente pero no puede evitar que con el transcurrir de los años y de los kilómetros, las barbaries de la pampa y de Europa le vayan imprimiendo sus huellas.

#### **4.2.3. EL PLAN EXPLICITO: CÓMO IMPRIMIR UN RUMBO SOCIAL Y POLÍTICO A TRAVÉS DEL URBANISMO**

Buenos Aires mira y a través de las épocas decide hacia dónde mirar, a quién mirar y a quién ignorar. Pero Buenos Aires también es foco de atención: mirada y observada por otros. Consciente y promotora de esta observación cuida la imagen que proyecta. Preocupada siempre por el qué dirán, por la opinión de aquellos a quienes ella estima y valora. Si pretende ser acepada entre las grandes ciudades del mundo, debe comportarse como tal, ni un desliz puede llegar a permitirse frente a las cámaras internacionales del mundo. Una vez más, Buenos Aires se preocupa por el afuera y se olvida de los que viven en ella, es más importante la imagen que transmite, que lo que en realidad ocurre. Es más grave que dos extranjeros encuentren a un bebé abandonado en Plaza San Martín, que el

hecho de que ese bebé haya sido abandonado. Buenos Aires quiere ser aceptada como una ciudad del primer mundo, para eso por lo menos debe parecersele.

Pero por otra parte Buenos Aires vive pendiente de la opinión de los demás porque los necesita para sobrevivir. Necesita el dinero que significa tener una imagen positiva en el extranjero: significa turismo, significa inversiones. La ciudad deja de construirse para sus habitantes y pasa a ser pensada para el otro, para la mirada del otro. La ciudad deviene un producto, una mercancía a ser vendida, a ser ofrecida al mejor postor. La ciudad no es planificada teniendo en cuenta el interés de su ciudadanía, tampoco pensando en un futuro más promisorio, la ciudad es dejada a merced del mercado, es entregada al poder económico, a lo que este decida hacer con ella. La ciudad progresará allí dónde alguien decida invertir, allí dónde haya un negocio, una ganancia. Se trata de una ciudad injusta, cada vez más excluyente y desigual, en dónde todos son algunos y cada vez son menos.

En un principio decíamos que los planes urbanos no son neutrales sino que son subjetivos en cuanto deciden el rumbo que toma la sociedad que habita la ciudad. El Plan para el año 2000 de Región Metropolitana formulado en 1970, definido por Juan Molina y Vedia en Mi Buenos Aires herido como el último intento de enunciar un plan nacional es una muestra de que “todo proyecto urbano «físico» implica, supone y empieza y concluye en un proyecto «social»”. El Plan Conade no fue simplemente un proyecto urbano material, al transformar la ciudad en su materialidad podía leerse una clara voluntad de transformación de la sociedad. Se diseña y se proyecta un cierto tipo de espacio, una ciudad productiva y competitiva, capaz de participar en la nueva era post-industrial, pero al mismo tiempo se busca diseñar a los individuos que deben habitar esa urbe. Una vez más no se planifica teniendo en cuenta a quiénes están hoy presentes en la ciudad sino buscando alcanzar un futuro deseable por la clase política. Y ese futuro no incluye a todos los presentes: grandes porciones de la población son dejadas de lado, se las ignora o se las imagina trasladada a otros lugares. Una vez más se busca expulsar al indeseable del otro lado de la frontera. La población debe ser seleccionada y renovada. La ciudad se proyecta para un determinado habitante aquel que pueda adaptarse a la pretensión de excelencia, a la competencia, a la supervivencia del más fuerte.

El plan claramente señala que la ciudad debe ser preparada para que la habiten individuos potencialmente eficaces, que pertenezcan a la franja etaria de 20 a 50 años y que estén altamente preparados, es decir que no sean analfabetos. Por otra parte, los bolsones de pobreza deben ser eliminados, expulsados hacia la pampa, dónde sino. En un radio de 400 kilómetros de distancia de Buenos Aires podría formarse un collar de ciudades donde se ubicaría la población que sobra. Esa población inconveniente es aquella que se acercó a la ciudad producto de las migraciones internas de mitad de siglo, llegó sin ser invitada por un plan que la organizara, que le diseñara un espacio propio. El plan Conade busca remediar esa falta de orden, busca organizar el caos producto de esta población sobrante que ingresó sin que nadie la detuviera.

Las reformas propuestas por el plan son insensibles a las necesidades de los ciudadanos en todo sentido. Se trata de una planificación que deja de lado a la ciudad preexistente, olvidando a la población, al paisaje, sin mayores remordimientos de pasarles por encima con cuánta autopista sea necesaria para eficientizar la movilidad del individuo productivo.

Este plan formulado en 1970 ha logrado ser uno de los planeamientos urbanos más eficaces y perdurables, ya que consiguió delinear las reformas llevadas a cabo en las últimas tres décadas. Sin una planificación evidente, sin formulaciones explícitas, guiadas por las inversiones y las privatizaciones, las reformas urbanas fueron diseñando espacios de exclusividad. El mayor fracaso del plan fue el proyecto de expulsión del indeseable a la pampa, una vez más la civilización no pudo quitarse de encima a la barbarie, pero sostiene su intento de diferenciarse, de separarse, de tener su espacio propio. Se había olvidado del río porque miraba obnubilada hacia el norte pero vuelve a dirigir su mirada hacia el este y encuentra en el río la posibilidad de construir un espacio propio, exclusivo. Traza una nueva frontera y crea fortalezas postmodernas: cuatrocientos sesenta y nueve años más tarde se encuentra nuevamente encerrada, acorralada junto al río y asediada por la barbarie.

### **4.3. UNA MIRADA EXTRANJERA SOBRE LA BUENOS AIRES ACTUAL**

#### Notas sobre un alemán en Buenos Aires<sup>52</sup>

Para cerrar esta suerte de reflexión sobre lo que nuestra ciudad es, intenta ser y deviene cada día, nos interesa incorporar a nuestro itinerario las percepciones de un extranjero tras su paso por la ciudad de Buenos Aires.

Cada paseo, cada vivencia, cada mirada son subjetivos. No es posible captar la ciudad en su objetividad porque en realidad tal objetividad de la ciudad no existe. Cada habitante de Buenos Aires la transita desde su lugar, la vive, la padece, la alimenta y la marca. La impronta de la ciudad está en cada uno de nosotros y a su vez la impronta de cada uno de nosotros se palpita en la ciudad. Buenos Aires es sus edificios, sus plazas, su cemento pero también sus ciudadanos, su historia, sus costumbres, sus sentimientos, su melodía. No existe un relato objetivo de aquello que la ciudad es, de aquello que la ciudad transmite, este no intenta serlo. Sólo se trata de una Buenos Aires, de una ciudad entre millones y múltiples ciudades, la Buenos Aires que Volker Walpuski supo conocer, percibir y recordar.

Volker Walpuski, existencia rara, emergencia atípica de una ciudad alemana pequeña llamada Hannover, vegetariano, ciclista y ecologista aterriza en Ushuaia en el verano de 2003. Bicicleta en mano se dispone a recorrer Argentina adentrándose desde su extremidad más austral. Llegará a Buenos Aires luego de un extraño recorrido.

Volker conoce Ushuaia, Calafate, General Roca, Bahía Blanca, Buenos Aires. En su recorrido transita por diferentes temperaturas, el frío le hace recordar Norteamérica, el calor lo asocia con México, recorre diferentes magnitudes.

“Bahía Blanca es grande”, afirma y explica que fue la primera ciudad grande que vio en Argentina. Viajando desde el sur, las ciudades grandes le daban miedo, le ofrecían mucha gente y vida, cuando lo que él buscaba era soledad.

Bahía Blanca será la antesala de la Capital Federal. Buenos Aires con sus 12 millones de habitantes (“el tercio de los argentinos”, aclara Volker), con grandes avenidas, con muchos carriles, inmensa comparada con su Hannover natal, con medio millón de habitantes, con avenidas que no poseen más que tres carriles.

Pero no todo es cuestión de magnitudes.

Cuando viajamos a través de un suelo extranjero, observamos, escuchamos, sentimos, olemos, intentamos asir esa existencia extraña que se abre ante nuestros sentidos, la transitamos a medida que la disfrutamos y la comparamos con aquello que nos es más familiar, más conocido. Los espacios, la gente, la comida, la música, la tonada, el trato, el clima: partes del todo que nos permiten ir reconstruyendo de alguna manera u otra, la propia, la ciudad que descubrimos.

Las ciudades, su cemento y su carne, transmiten imágenes, sensaciones, sentimientos. Volker percibe una Buenos Aires llena de melancolía. No sabe si será por los edificios antiguos que la asemejan a otras ciudades latinoamericanas a pesar de convivir con el centro modernizado con sus altos edificios de vidrio que parecen importados de otro continente. No sabe si es por el subte, también muy antiguo con estaciones muy hermosas, con una atmósfera particular ausente en el subte moderno de Hannover. No sabe si es por el tango. O si es por todas estas cosas juntas. Quizás por eso será que la imagen que atesora de su paso por la ciudad es la de un hombre tocando la guitarra en las escaleras de una estación del subte: atrás de él los azulejos, los transeúntes, el olor del subte, el ruido de un tren.

Pero Volker se sigue interrogando, sigue recordando, no sólo el aroma, los sonidos, los ruidos, la música, la atmósfera de Buenos Aires si no también su gente. ¿Cómo viven los porteños? ¿La vida del habitante de Buenos Aires también transmite melancolía? Probablemente, reflexiona el alemán.

La vida en Buenos Aires es tranquila, relajada para unos, mientras que para otros, los cartoneros, los ahorristas, por ejemplo, es muy dura. Buenos Aires aloja desigualdades. Fruto del desempleo y la pobreza, por sus calles circula

---

<sup>52</sup> Volker es un amigo ciclista que conocimos en un viaje al sur en el verano de 2003 y que entrevistamos por e-mail por motivos de este ensayo

gente que es “feliz” y gente que no lo es tanto. La tristeza de la exclusión transita por los recovecos porteños. Al interior de la gran ciudad hay gente que se siente igual de olvidada, de descuidada, de débil que la gente que vive perdida en la inmensidad del país, lejos de la Capital y sin fuerza política.

“Quién desembarca hacia las costas patagónicas y recorre el país, como Darwin, irá viendo paulatinamente elevarse las formas de la existencia nacional hasta el corolario de aquel esfuerzo tenaz que es Buenos Aires. (...) llegando desde los confines del país verá que Buenos Aires es la sublimación, casi diríamos onírica de aquello mismo que es la gran capital del sur. Pues aunque Buenos Aires sea la cabeza decapitada de ese cuerpo inmenso, le pertenece anatómica y fisiológicamente”<sup>53</sup>.



---

<sup>53</sup> Martínez Estrada, *La Cabeza de Goliat*, Losada, Buenos Aires, 1983, p.98-99

## PARTE V. A propósito de una bibliografía

Toda obra acaba inacabada. Comienza inacabada. Surge de un pretexto a caballo entre dominios diferentes entre la razón de una prosa ordenada y la pasión de quienes con amor emprenden un viaje. Porque un ensayo es un viaje a través de las palabras hacia dominios inexplorados. Descubrir aquello que se quiere explorar es también autodescubrirse y auto reconocerse como sujetos del lenguaje.

No hay batalla final, no hay triunfo último. Sólo hay un comienzo en movimiento, una regeneración constante. Y un ensayo es ese movimiento generativo que parte de reconocer lo que otros han producido y dicho sobre un tema. Más aquí o más allá, de una forma u otra hemos partido reconociendo a lo largo de nuestro escrito aquellos que nos han ayudado y brindado útiles para pensar. Hemos citado y comentado ideas de otros. Hemos presentado las nuestras, con lagunas, saltos, equivocaciones, que el lector bienintencionado tendrá la lucidez que nos falta para juzgar.

Un itinerario es sin duda una porción del territorio, una selección de fragmentos. Nuestras lecturas también fueron un itinerario no una cartografía detallada. Este texto es la creación extraña entre nuestros propios temores y esperanzas y aquellas ideas que hemos retomado de otras voces y bocas. Por eso preferimos más bien orientar al lector a través de las citas al pie y comentarios en el texto antes que imponer un recorte preciso de lecturas premeditas. Así antes que ofrecer un listado detallado preferimos estas palabras comentadas.